

A romantic couple in winter attire embracing in a snowy landscape at sunset. The man is wearing a dark blue coat and the woman is wearing a blue coat with a fur collar. They are standing in a snowy field with a sunset sky in the background.

Dos almas, una vida

Una vez en
Diciembre

SANDRINE REBEW

A romantic couple in winter coats embracing in a snowy landscape under a starry night sky. The man is on the left, wearing a dark blue coat, and the woman is on the right, wearing a light blue coat. They are both looking down at each other. The background is a soft, glowing sunset or sunrise over a snowy field with trees in the distance. Snowflakes are falling around them.

Dos almas, una vida

Una vez en
Diciembre

SANDRINE REBEW

Una vez en
Diciembre

SANDRINE REBEW

¿Eres un soñador? Eso es bueno. Que nadie te diga lo contrario. Soñar es el primer paso para cambiar la realidad.

Copyright©2024. Sandrine Rebew Una vez en diciembre

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, 2024 Título original: Una vez en diciembre

Diseño de la portada: Sandrine Rebew

Diseño de Imagen: Canva

Diseño de la maquetación: Sandrine Rebew

Una vez en
Diciembre

SANDRINE REBEW



Faltan dos semanas para Navidad y mi mejor amiga Caroline ya me ha arrastrado de compras. Caroline es una consumista empedernida, le encanta comprar sin sentido, adquiriendo cosas que ni siquiera necesita. Sin embargo, la conozco desde que éramos niñas y así ha sido siempre, por lo que lo acepto tal como es. Nuestra amistad perdura a pesar de nuestras diferencias.

Por otro lado, yo amo la Navidad por su significado. Para mí, esta época representa la oportunidad de estar con seres queridos, aunque personalmente no tengo familia. Mis padres fallecieron cuando era pequeña, por lo que crecí junto a mi tía y su esposo. Sin embargo, hace unos años también perdí a mis seres queridos y ahora me encuentro sola. A pesar de ello, sigo adorando estas festividades. Desde la partida de mis tíos, he pasado las fiestas con la numerosa familia de Caroline, y aunque anhele tener esa experiencia familiar propia, disfruto enormemente de la compañía que me brindan.

— Mira, han abierto una tienda de antigüedades. ¡Vamos a echar un vistazo!

Estoy emocionada por ver qué tesoros venden —dice Caroline, tirando de mi brazo. Una vez dentro de la tienda, quedo maravillada por su encanto. Han conservado la fachada original, lo cual considero un tributo a la belleza de Edimburgo. El interior está decorado de manera similar, iluminado por velas y perfumado con incienso, albergando auténticas reliquias.

— ¡Qué lugar tan especial! —le comenta Caroline a la dueña, una mujer pelirroja llamada Susane, de unos cincuenta años. La conversación se desarrolla amigablemente.

Continuamos explorando la tienda, maravillándonos con las valiosas antigüedades que alberga: libros centenarios, prendas de vestir, joyas e incluso objetos históricos.

— ¿De qué siglo son estas piezas? —pregunto con curiosidad, acariciando la cubierta de un libro.

— Este libro y todo lo que ves aquí datan del siglo XVI, mientras que el objeto cerca de Caroline pertenece al siglo XV —explica Susane.

Entonces, un collar expuesto en una vitrina llama poderosamente mi atención. No se trata de una pieza ostentosa, pero me resulta bellísimo, con una cinta negra y una piedra blanca en el centro que despierta mi fascinación.

— ¡Es exquisito! —exclamo sin poder apartar la mirada de él.

— Pertenece a Lady McGregor, de la nobleza. Su historia es intrigante, envuelta en misterio y tragedia —añade Susane.

A pesar de la tentación, decido no adquirirlo debido a su alto costo, prefiriendo comprar unos inciensos para aromatizar mi hogar. Aunque me cautivó el collar, soy prudente con mis gastos y valoro la responsabilidad financiera.

Luego de salir de la tienda, Caroline y yo disfrutamos de unas deliciosas hamburguesas en un local cercano; un placer culinario que compartimos y disfrutamos juntas.

Mientras conversamos sobre mi próxima cita con Kieran, amigo del hermano de Caroline, reflexiono sobre mis preferencias románticas y la dificultad de encontrar alguien que cumpla mis expectativas.

— Hasta que decidiste salir con él —bromea Caroline.

— Me gustan los hombres románticos, caballerosos y un tanto celosos, pero también rudos. Lamentablemente, muchos parecen vacíos, carentes de sensibilidad y solo buscan una relación superficial —comento.

Caroline recibe una llamada y se retira para contestarla, dejándome a solas con mis pensamientos. Observo a mi alrededor y noto cómo la tecnología ha invadido nuestra vida cotidiana, preguntándome si también soy presa de esa dependencia.

Tras terminar la comida, nos preparamos para partir. Tengo algunas tareas pendientes antes de mi encuentro con Kieran y debo arreglarme para la ocasión.





He tenido que esperar por él media hora, he estado a nada de anular la cita, ya creí que me había dejado tirada, pero recibí una llamada donde me decía que no le gustaba como le quedaba lo que se había puesto y hasta que se decidió tardo mucho. Salir con un hombre que es más indeciso que yo a la hora de vestirse para mí no es bueno. Ya está aquí abajo esperándome. Está apoyado en el capó del coche, un BMW deportivo.

— Hola, bombón, siento la espera —dice al verme.

— ¿Qué tal? —pregunto desganada.

— ¿A que estoy guapo? —cuestiona alzando una ceja mientras alza el brazo y se mira el músculo.

— Sí, muy guapo.

Subimos en el coche y nos dirigimos hacia un restaurante que nos reservó Caroline, a todo esto fue ella la que tuvo que reservarlo porque lo que es Kieran no movió ni un dedo.

— ¿Y a que te dedicas? —pregunto desganada.

— Pues soy monitor de un gym, de ahí que esté tan fuerte —responde.

— ¿Tú a que te dedicas?

— Trabajo en una inmobiliaria.

— Ah, sí, algo me comentó Caro.

Durante la cena me cuenta estupideces que a mí ni me interesan, pero trato de prestarle atención sin ninguna emoción. Cuando terminamos la cena, me invita a su casa, y aunque no es un hombre que me interese, acepto, tengo ganas de alegrarme el cuerpo aunque sea con este

engreído.

Vive en un ático que no está nada mal, eso sí tiene pocos muebles, el equipo de música lo tiene en el suelo. Un sofá bastante caro, y una mesa sin sillas.

— ¿Te acabas de mudar? —pregunto.

— No, llevo aquí unos cuatro años, ¿Por qué?

— Por los muebles, tienes pocos, ¿no? —pregunto tranquilamente.

— Sí, soy bastante minimalista.

— Eso está bien, creo.

Se acerca a mí un poco y me da un beso. Bueno, no está mal, no lo hace mal. Le correspondo y sigo besándolo, pero de pronto pega un salto del sillón.

— ¡Qué asco, una rata! —grita subiéndose en el sofá.

Miro para ella y es muy pequeña, más bien es una ratita de laboratorio.

— ¡Qué mona! No hace nada Kieran, es muy pequeña.

— Mácala, mácala, me dan pánico.

Según le escucho decir eso, el poco filín que tenía con él termina de desaparecer. Agarro a la ratita por el rabo y la pongo en el jardín de la casa de al lado de Kieran.

— Muchas gracias —dice bajándose y acercándose a mí.

Cuando me va a dar un beso pongo la mano delante.

— Lo siento, Kieran, pero no funciona esto, eres demasiado...
metrosexual para mí —digo cogiendo mi bolso—. Un placer haber cenado contigo,
gracias por la invitación.

Menos mal que he podido salir ya de esa casa. Que aburrimiento de hombre, justo lo que le decía a Caroline, nada caballeroso, engreído y cagón, ¿Dónde están esos hombres machotes? Lo que daría porque volvieran a existir los highlander.

Cuando llego a casa me doy una ducha y me hago un chocolate caliente, luego enciendo el televisor y me pongo a ver una película hasta que me vence el sueño.

A las ocho ya estoy trabajando, tenía un par de citas para enseñar unas casas, la señora Hannover quería ver un castillo, me costó mucho poder conseguir que confiaran en mí para enseñarlo. Por lo visto, ha habido muchas personas con ganas de enseñar el castillo y lo que eran realmente eran saqueadores. Pero por mi experiencia y curriculum han visto que soy de fiar. Así que aquí estoy, en la puerta de un castillo del siglo XVI, la señora Hannover es multimillonaria y quería hacerse con un castillo. Antes de venir me informé bien sobre su historia.

— ¡Buenos días! Siento la tardanza —dice esta.

— No se preocupe, acabo de llegar, ¿entramos?

La puerta del castillo es muy pesada porque es de madera maciza, eso sí, la cerradura es diferente a aquella época. Al entrar enciendo el interruptor. La verdad que el castillo es realmente impresionante.

Avanzamos y vemos muchas puertas y una gran escalera en redondo con un agarrador que es una cuerda. Los techos son altísimos, seguimos avanzando y nos encontramos con el salón, enseguida llama mi atención un cuadro en mitad de este, sobre una chimenea, es highlander, ojos azules y pelo rubio como los rayos del sol, es impresionante, según lo miro no puedo apartar los ojos de él.

— ¿Es guapo, no? —pregunta la señora Hannover.

— Mucho, es un auténtico highlander, de esos que ya no hay —respondo.

— Eso es cierto. Pues según sé sobre este castillo, se llamaba Harold McCalister, heredero de una gran fortuna y amigo del conde McGregor, murió trágicamente según cuentan, unos dicen que solo, otros, suicidio, ya que nunca se supo que ocurrió con él y su amada Luella.

Según me cuenta eso me entra un escalofrío, pobre hombre, que pena.

— Me habían contado la historia del conde, pero no sabía que tuviera un primo tan guapo. ¿Él era casado? —pregunto con curiosidad.

La señora Hannover me mira y sonríe.

— Esta noche seguro que sueñas con él. Por lo que sé, estaba prometido a su prima, Isolda Redford, tenía un hermano llamado Murray, lo envidiaba y le hizo una maldición.

Sigo mostrándole el castillo y entramos en las habitaciones del piso de arriba. Una gran habitación con una cama de por lo menos dos metros y no exagero al decirlo, una bañera enorme en un lado.

— Está seguro qué era la habitación de ese bombonazo —dice la señora Hannover haciéndome reír.

Miro con curiosidad la habitación y observo la gran chimenea que tiene. Me pongo a su lado y aún me sobrepasa.

— Qué barbaridad de chimenea —expreso.

— Y que lo digas.

Cuando cierro la puerta de la habitación, me fijo en que tiene un golpe, que extraño, juraría que cuando entre no estaba eso.

Nos recorremos habitación por habitación, también la cocina, una vez visto el castillo por dentro, salimos y vemos el establo, las caballerizas, y todo lo que conlleva un castillo así.

— Me lo quedo —dice esta—. Un castillo así hay que aprovecharlo.

— Hace bien, es precioso. Si yo tuviera tanto dinero, también me lo hubiera comprado. Un castillo alejado de la civilización, se respira tranquilidad, paz. Hacer fiestas en él debe ser una pasada.

— Pues mira, voy a hacer una fiesta en él como inauguración, luego lo reformaré un poco, así que voy a hacerla antes de que me meta en ello. Por mí te doy la señal ya, te firmo lo que sea. Estás invitada a la inauguración —dice sonriendo.

— ¿En serio? —pregunto.

— Y tan en serio. Será de disfraces, así que vente disfrazada, puedes traer a una amiga, o a tu novio.

— Estoy soltera —respondo.

— No me extraña, viendo cómo está el mercado.

Llegamos a mi despacho y me firma los papeles que debe firmar para hacer la compra, luego me da la señal, y me dice que al día siguiente me llegará el cheque con lo que cuesta el castillo, que no es poco. Como es una mujer que nada en dinero, no ponen pegas para que le entregue las llaves y haga con el castillo lo que quiera.

— Pues en dos días te espero la fiesta —dice en la puerta.

— ¿Dos días? ¿Tan rápido? —pregunto—. ¿Le va a dar tiempo?

— Sí, me gusta aprovechar el tiempo, tengo a gente que me organiza fiestas en un abrir y cerrar de ojos, te espero.
Sin más se marcha y me quedo con un buen sabor de boca. Voy a telefonear a Caroline y le voy a contar lo de la fiesta y lo de Kieran.





E stamos en mi casa disfrazándonos para la fiesta, en cuanto le conté a Caroline lo de la fiesta en el castillo aceptó encantada, y más aún que es mi cumpleaños, lo que pasa es que no me gusta celebrarlos, jamás le digo a nadie porque de hecho, hasta a mí se me olvida, para recordármelo ya está Caroline. El cretino de Kieran fue diciéndole a el hermano de Caro que no tuvimos nada porque le parecí sosa y por eso me despachó en cuanto salimos del restaurante. Lo que está claro es lo poco hombre que es, en cuanto les conté a todos que fui yo la que le despachó por gallina se partieron de la risa.

Me he disfrazado de Superwoman, con las mallas y las botas a juego, Caro me ha peinado, tengo el pelo negro como el azabache y ondulado, así que con un pequeño recogido ha quedado ideal.

— Que guapa estás —dice Caro—. Tengo que decirte algo que llevo meses posponiendo, pero no quería, ni sabía cómo decírtelo.

La miro con curiosidad, ella y yo siempre hemos sido muy de contarnos todo, jamás nos hemos ocultado las cosas.

— ¿Recuerdas a Noah? El norteamericano con el que estoy saliendo aunque no nos conocemos en personas, pues me ha pedido que vaya a pasar las Navidades con él a Nashville, y he aceptado, sé que desde siempre las hemos pasado juntas, pero quiero estar con él.

— Pero ¿Por qué no me lo has dicho antes? Me parece bien que quieras estar con él, yo haría lo mismo, tonta —respondo dándole un abrazo.

— No quiero que pases las navidades sola —dice.

— No pasa nada, estaré aquí viendo alguna peli, resguardándome del frio, sabes que no tengo problema.

Me mira seria, ella siempre me dice que me busque a alguien con el que compartir mi vida, pero no me voy a ir con cualquiera por el hecho de no estar sola.

— No seas aburrida, a ver si esta noche conoces a alguien —responde.

— Ojalá hubiera un hombre tan guapo, varonil como el del cuadro —digo riéndome.

— Me temo que ese ya está muy muerto —responde riendo también.

Caro que va vestida de Morticia Adams abre su bolso.

— Cierra los ojos —expresa.

— ¿Por qué?

— Hazme caso.

Cierro los ojos y escucho un ruido. Caro me pide que extienda la mano. Así que lo hago.

— Ábrelos.

Una caja enorme yace sobre mi mano, miro a Caro confusa.

— ¿Y esto? —pregunto.

— Abre la caja.

Hago lo que me dice y me quedo de piedra al ver lo que contiene la caja, es el colgante que tanto me gustó el otro día.

— Pero Caroline, es muy caro, no tenías por qué comprármelo —digo.

— Lo he hecho porque he querido, es tu cumpleaños y porque puedo, punto.

Lee el papelito que escribió Susane .

La magia del colgante.

La persona que se ponga este collar mágico tendrá que hacerlo un día de luna llena, a las doce de la noche, una vez que lo haga, el colgante se activará y tendrá que ponérselo, traerá consigo buena suerte a quien lo lleve.

Lo observo un rato, es tan bonito, me encanta. Me lo llevaré a la fiesta y me lo pondré a las doce, tal y como dice en la nota.

Llegamos al castillo a la hora señalada, cuando digo nuestro nombre, el hombre de seguridad mira la lista, subraya y nos hace pasar. El castillo está impresionante con luces, globos y adornada con motivos de fiesta. Cuando la señora Hannover me ve, viene hacia nosotros y me saluda, le presento a Caroline.

— Ya pensaba que no venías —dice mirándome.

— Lo siento, nos hemos retrasado.

— Hoy es su cumpleaños, justo a las doce cumple un año más.

La señora Hannover me mira y sonríe.

— ¿De verdad? Pues nada mejor que una fiesta para celebrarlo. No me lo dijiste cuando te invité.

— No suelo celebrarlo, de hecho hasta se me olvida —respondo cogiendo una copa que un camarero me ofrece.

— ¿En serio? La gente que conozco ama celebrar sus cumpleaños —expresa.

— Yo desde que tengo uso de razón no me ha gustado, no sé si sea porque soy huérfana, pero no me gusta.

— Lo siento mucho —dice con cara apenada—. Bueno pues hoy lo vas a pasar en grande.

Un hombre viene en busca de la señora Hannover que se disculpa conmigo y desaparece entre tanta gente.

— Señores, señoras, os presento a McQueen, un amigo que os va a contar una leyenda de este castillo, estén atentas.

Mira para mí y me hace una señal para que me acerque donde está ella, me muero de la vergüenza, pero Caroline me agarra de la mano y me lleva hasta allí.

Un hombre sale y baja la intensidad de las luces.

— ¿Sabían que este castillo fue creado en el siglo XI por un conde? Cuando lo crearon todos los de alrededor se opusieron pues decían que donde está hecho el castillo se practicaba magia, pero el conde no los creyó y lo hizo. Durante años, se oían rumores de que el conde era brujo y que tenía a todos los que vivían con él hechizados, y así fue pasando de generación en generación hasta que en el siglo XVI, el conde Harold McCalister lo heredó, según contaban, el conde estaba maldito pues mujer en la que se fijaba, mujer que moría o desaparecía.

Todos escuchan asombrados, me suena a un cuento infantil y tonto. Brujos, personas maldecidas, por favor en pleno siglo XXI y la gente sigue creyendo en tonterías. Mientras continúa contándolo, se pone a llover, una tormenta cae sobre el castillo, hace mucho que no veía llover con esa intensidad, escuchamos truenos y la gente se espanta, cuando las luces vuelven a subir y la señora Hannover nos cuenta que ha sido una leyenda, que comience la fiesta.

— Lo sabía, sabía que era un cuento —digo a Caroline.

La señora Hannover viene hacia mí ya que mi cara de escéptica dice todo.

— ¿No lo has creído? —pregunta riendo.

— No quiero fastidiar a nadie, pero esos cuentos nunca me los he creído.

— Una parte es mentira, claro, pero que el conde Harold McCalister estaba maldecido si es verdad.

Me rio, ¿Cómo iba a estarlo?

— Es ese bombón del cuadro, ¿recuerdas?

Asiento mientras busco el cuadro, ya no está en el sitio donde estaba.

— Lo han trasladado a otra habitación —dice la señora Hannover al percatarse de que lo busco.

— Me muero por saber cómo era ese hombre, tan impresionada dejó a mi amiga.

La señora Hannover entonces nos lleva a la habitación donde lo han trasladado. Cuando Caroline le ve se queda impactada.

— Es impresionante, que bueno estaba —dice.

La señora Hannover y yo nos reímos al escucharla expresarse así.

La señora Hannover abre un cofre que tiene sobre la chimenea de esa habitación. Mira para todos lados y viendo que no hay nadie nos muestra una carta.

— ¿Qué es eso? —pregunto curiosa.

— Es una carta que encontramos cuando estábamos preparando la fiesta, fíjense la fecha.

Treinta y uno de diciembre de mil quinientos veintitrés.

— ¿Podemos leerla? —pregunto.

— Esta en gaélico, no la entiendo —dice la señora.

— Yo sé hablarlo —respondo.

Abro la carta y comienzo a leerla, me quedo impresionada al ver lo que pone.

Mi querida luchadora, si estás leyendo esto es que como decía la leyenda, desaparecerías como los amores de mis antepasados, quiero que sepas que este poco tiempo contigo me ha servido para darme cuenta de que eres mi amor, tu alegría, valentía y tus consejos han hecho darme cuenta de las verdaderas importancias de la vida. Ojalá te hubiera encontrado en otras circunstancias. Quiero que sepas que estés donde estés siempre pensaré en ti.

Te amo.

Siempre tuyo.

Harold.

La señora Hannover y Caroline se quedan en silencio mientras se las traduzco, es una nota muy conmovedora, imagino a ese hombre escribiéndola, según la leo me viene a mi mente sus ojos mirándome, es tan real que suelto la carta y me hago para atrás.

— ¿Estas bien? —pregunta Caro.

— He visto sus ojos mirándome fijamente —respondo.

— Sí que te ha dado fuerte con ese bombón —expresa dándome aire.

— Voy a por algo de beber.

Cuando se marcha, vuelvo a coger la carta, me parece tan bonita y con tanto sentimiento.

— Puede que le parezca una tontería, pero me ha impresionado —digo a la señora.

— Por eso te la he enseñado, esta carta tiene otra leyenda que me contó mi amigo, espera —dice mientras la llaman desde la puerta.

Caro entra mientras la señora Hannover sale un momento a hablar con un invitado. Caroline me da una copa y la tomo de golpe, la necesito, es tequila.

— Despacio —dice mi amiga —. Por cierto, ya son las doce.

Me da un beso que me deja la cara medio dormida.

Me acuerdo del colgante que traigo en mi bolso, lo saco y lo observo.

— Muchas gracias, es tan bonito —digo mirándolo.

— ¿Te ayudo a colgártelo? —pregunta.

— ¡Por favor!

Me acuerdo de la nota que decía que al ponerme la piedra debía cerrar los ojos y sentir su energía. Así que, siguiendo las instrucciones, cierro los ojos y de repente siento como la piedra cuelga en mi garganta, envolviéndome en una sensación peculiar. Una extraña energía comienza a fluir por todo mi cuerpo, provocando una serie de sensaciones inusuales. Todo a mi alrededor empieza a dar vueltas, creando una especie de mareo repentino. Me incorporo de golpe y veo a Caro frente a mí, pero su imagen aparece distorsionada.

— Gillian, ¿estás bien? —pregunta, visiblemente preocupada.

No puedo articular palabra, la confusión se apodera de mí. Las cosas a mi alrededor parecen disolverse y desvanecerse ante mis ojos, sumergiéndome en un torbellino de desconcierto. La sensación de vértigo aumenta rápidamente, como si estuviera en una montaña rusa descontrolada. Cada giro es más vertiginoso que el anterior. Mis sentidos se nublan y dejo de escuchar a Caroline que intenta sujetarme, mientras una fuerza invisible nos empuja a ambos, lanzándonos por los aires. Caigo al suelo en medio de la oscuridad total, confundida y aturdida por lo que acaba de suceder.





No sé qué demonios ha ocurrido, me duele la cabeza debido al golpe. Tengo los ojos cerrados, no escucho a nadie.

— Caroline, ¿estás bien? —pregunto abriendo los ojos—. ¿Qué ha pasado?
Me sorprendo al darme cuenta de que estoy sola. ¿Dónde se han metido todos?

— Venga, ¿ha sido una broma? Pues no me ha hecho gracia. Si con esto pretendían que creyera en vuestras tonterías de magia no lo habéis conseguido. Lo que si han logrado es que me vaya a mi casa. Cuando se te pase la broma me buscas —expreso muy molesta.

Me toco la cabeza y me he debido de hacer un chichón, vaya dolor.

Camino hacia la puerta, algo llama mi atención, no hay nada de la decoración que estaba antes del golpe. ¿Me habré quedado inconsciente un rato y por eso han quitado todo? ¿con qué fin? No entiendo nada. Llego a la puerta de salida, ahora sí que alucino, la puerta no tiene la cerradura como la que yo vi hace un rato, tiene una cerradura muy extraña, además, veo la puerta un poco apagada, no tiene el brillo que tenía. Vale, ahora sí me estoy empezando a agobiar. Tranquilízate, Gillian seguro que estoy soñando, sí eso debe ser, debido al golpe estoy inconsciente y por eso estoy viendo visiones. Oigo voces, ¿estaré despertando? De pronto se abre la puerta de la cocina y salen dos mujeres, van vestidas con dos trajes color crudo hasta los pies, encima tienen puesto un delantal.

— Perdone, ¿busca a alguien? —pregunta una de ellas.

— Sí busco a Caroline y a la señora Hannover.

Ambas se miran con cara de no entender nada.

— ¿Cómo ha entrado en el castillo? Como el señor McCalister la vea se va a

poner furioso, no le gusta que nadie entre en su propiedad sin ser invitado.
Se abre otra puerta y me quedo de piedra.

— Yo me encargo, vuelvan a sus trabajos —dice la señora Hannover.
No va vestida como antes. Lleva un vestido largo, un recogido, apenas lleva maquillaje.

— Por fin la encuentro. Me voy a mi casa, creo que esta broma se ha ido de las manos. Me duele la cabeza, no me gustan estas cosas. ¿Dónde está Caroline?
La señora Hannover mira hacia la puerta y agarrándome de la mano tira de mí y me hace subir las escaleras, una vez que llegamos a una habitación entramos y cierra la puerta.

— Siento mucho lo que ha pasado. Bueno no lo que ha pasado, pero si como ha ocurrido —dice mirándome mientras me agarra de la mano.

— No entiendo nada. ¿Por qué cuando me puse el colgante sentí lo que sentí? No entiendo porque me caí. ¿Dónde están todos? ¿Por qué está vestida así? —pregunto nerviosa.

— Te voy a explicar todo. Siéntate, querida.
Hago lo que me dice. En su cara veo preocupación, cosa que hace que me preocupe también yo.

— Me llamo Peigi McCalister —dice tocándose el pelo.

— ¿Perdón? No, usted es la señora Hannover —respondo moviéndome inquieta.

— No querida, ese nombre me lo pongo cuando voy a ese siglo, pero en realidad soy Lady McCalister, la madre de Harold McCalister. Verás querida, lo que te dije antes ¿lo recuerdas? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

— Mi hijo está maldecido. Hace muchos años, la que fue mi suegra lo maldijo, no lo quería ya que ella nunca acepto que me casara con su hijo, por ello siempre nos despreció a mi hijo y a mí. Ella quería que Ian, el hermanastro de mi hijo fuera el que tuviera el título de noble, pero al no ser reconocido como hijo no lo adquirió. Así qué lo maldijo con una maldición horrible, cada vez que mi hijo se enamorase de una mujer, esta moriría. Solo una mujer de corazón noble logrará romper esa maldición —dice con los ojos llenos de lágrimas.

La miro a los ojos y le seco los ojos.

— ¡Lo siento mucho! Pero ¿Qué tengo que ver yo en esto? Además, ¿me está diciendo que usted viaja en el tiempo? Usted ha debido de ver Outlander —respondo incrédula.

— Sí querida, viajo en el tiempo, pero en este caso, eres tú la que ha viajado, ya no estamos en el siglo XXI, estamos en el siglo XVI.

Me rio incrédula. No puede ser, ¿Cómo va a ser eso? Me levanto y camino hacia la ventana. Mi risa para en seco cuando observo a hombres montando a caballo. A mujeres lavando ropa en el río.

— Esto no puede ser —expreso sin pestañear.

— Sé que puede parecer una locura, pero es real. Has viajado en el tiempo a raíz de ponerte ese colgante, y sí, vi la cara que pusiste cuando leíste la carta de mi hijo —dice viniendo hacia mí.

— No entiendo absolutamente nada. ¿Qué pinto aquí? ¿Por qué yo? Si me quito el colgante, volveré a mi siglo.

— No, no funciona así. Eres la elegida. Tu eres la mujer que romperá la maldición, la mujer a la que mi hijo escribió esa carta.

— No entiendo nada. Si escribió esa carta, significa que morí —expreso tratando de desabrocharme el colgante.

— No, no moriste, volviste a tú siglo. Sí es como cuenta la leyenda, romperás el hechizo cuando mi hijo se enamore de ti, cambiarás su vida.

Me quedo pensando lo que me está diciendo. No entiendo nada. Es que me parece surreal esto.

— Mi amiga estará preocupada —expreso.

— No, le dije que te había invitado a pasar las fiestas conmigo, y que te habías ido a hacer el equipaje. Al menos estas fechas estará tranquila.

Me quedo mirando al horizonte. Está en mis manos romper una maldición. Es que me parece una película de ciencia ficción.

— ¿Qué debo hacer? —pregunto.

— Primero cambiarte de ropa. Luego bajaremos y te presentaré a Harold como Lady Gillian, la hija de una prima lejana que ha venido a pasar una temporada, ya que ella está enferma.

Asiento analizando toda la información.

— Debo advertirte, Harold es muy buena persona, pero debido a la maldición y la muerte de Isolda, está amargado. Ya no sonrío, es muy gruñón. Nadie se atreve a enfrentarse a él. Esta época es diferente a la tuya, debo advertirlo. Las mujeres no somos muy escuchadas.

— Sí lo sé, aún hoy en día todavía luchamos con ello, pero hemos avanzado, y aunque voy a ayudarla, debo decirle que no me pienso callar antes cosas extrañas. Diré que de dónde vengo, las mujeres tenemos nuestros derechos, ya que no estaré mintiendo.

Esta abre el armario y después de rebuscar en él saca varios vestidos. Madre mía, ahora me tengo que poner todo esto. No sé qué demonios estoy haciendo, pero hay algo en mi interior que lo haga, así que accedo.





E stoy agotado. Estoy deseando llegar al castillo y poder darme un buen baño de agua caliente. Llevo varios días cabalgando. Mis hombres y yo hemos tenido que ir a rescatar a el hijo de uno de los hombres que trabajan para mí. Ian, mi hermanastro no sabe qué hacer para hacerme renunciar a mi título y que se lo ceda a él, pero antes muerto que ceder mi título a ese desgraciado. Solo llevaría a mi pueblo a la pobreza, a la muerte. Solo arrancándome la vida con sus propias manos logrará conseguirlo, por eso está siempre buscando la manera de ponerme trampas, aunque sin éxito. Una vez una mujer me dijo que mi vida estaba predestinada a algo hermoso, cada vez que me acuerdo me dan ganas de buscar a esa estafadora y mandarla colgar. Recuerdo que me dijo eso el día que murió Isolda, llegaba del pueblo, venía feliz por lo que me dijo, tenía ganas de compartirlo con ella, pero cuando llegué, estaba pálida, un tipo que la atrcó en mitad del bosque la clavo la espada haciendo que se desangrase. Cuando me enteré de quién fue él, cabalgue horas hasta llegar a él y acabar con su vida con mis propias manos. No es la primera mujer con la que me voy a desposar y muere en extrañas circunstancias. Hace muchos

años, cuando apenas era un niño, una bruja echó una maldición sobre mí, me dijo que jamás sería feliz con ninguna mujer, para serlo tendría que renunciar a mi destino, hoy sigo sin comprenderlo. He asumido que jamás podré amar a nadie, tampoco lo pretendo, no hay ninguna mujer que me atraiga, la última fue Isolda, juré que nunca la olvidaría y lo pienso cumplir.

— Hijo mío —dice mi madre abriendo la puerta del salón—. Hace semanas que no te veía, me alegra saber que estás bien.

— Sí, ya hemos atrapado a esos hombre y dado su castigo. ¿Qué tal tu viaje? Espero que vuestra prima esté bien —pregunto sin mucho afán.

Mi madre se va largas temporadas con esa prima, no la conozco, pero al menos ella si es feliz, es lo único que me importa. Mi madre es la única familia y persona que me importa de verdad, daría mi vida por ella. Ella adoptó a mi hermanastro y le dio todo el amor que pudo, pero este jamás le importó.

— Sí, ella está bien, espero que no te importe, he invitado a su hija a pasar las fiestas con nosotros, acaba de llegar de otro país y su madre ha creído que no le vendría mal estar un tiempo con nosotros.

Alzo los ojos, mi madre sabe que no me gusta que invite a gente al castillo, pero bueno, si le hace feliz cuidar a una niña, jamás tendrá nietos.

— Si le hace ilusión cuidar niños, yo no me opongo —respondo afilando mi cuchillo.

— ¡Aquí estás! —dice mi madre aproximándose a la puerta—. Hijo quiero presentarte a Lady Gillian, la hija de mi prima.

Cuando vuelvo la vista me sorprende, me esperaba una niña, pero lo que veo ante mis ojos no lo es, es una mujer preciosa y sonriente.

— ¡Encantada de conocerlo! —dice haciéndome una reverencia un poco extraña.

— Ah, bienvenida —respondo seco—. ¿De dónde es esa reverencia tan extraña? —cuestiono mirándola.

— De dónde vengo la reverencia es así —responde manteniéndome a mirada.

Miro a mi madre, ella me sonríe. Solo con verla, ya sé que esta mujer me va a dar problemas.

— Bueno pues bienvenida nuevamente. Puede moverse por toda la estancia del castillo a excepción de mis aposentos. Tampoco puede ir más allá del lago. Esa zona es peligrosa. Puede cabalgar por todos mis terrenos, creo que es más que suficiente.

— Le voy a dejar a Lotus, la yegua de tu caballo así puede moverse bien.

— No, Lotus no, mejor que monte a Omega.

— Pero hijo...

— Madre, no me lleve la corriente. He dicho que a Omega.

— Harold —dice Duncan, mi fiel amigo—. Te necesito para unos asuntos —expresa al entrar y verlas a ellas.

— Duncan ella es Lady Gillian, una invitada de mi madre.

— Mi Lady, mucho gusto —dice besándole la mano.

— Mucho gusto —responde ella.

Salimos apresuradamente del salón.

— ¿Quién es esa hermosura de mujer? —dice Duncan mirando hacia atrás.

— Compórtate. Ya te dije que es una invitada de mi madre, por lo tanto nada de miraditas, nada de tratar de compartir lecho con ella —respondo.

Duncan es muy buena persona, pero bastante mujeriego, no quiero problemas con esa mujer.

— Lástima, porque no me importaría hacerla pasar una buena noche. Mi mirada le hace callar. Lo que me faltaba, que Duncan quiera mancillar a esa mujer, será por mujeres. De hecho, ahora es a donde vamos, a la posada de Otilia, la madame más famosa de este lugar.



C uando lo vi en el cuadro me dejó impactada, pero en persona es aún mucho más guapo. Tiene un misterio en esos preciosos ojos que impactan, eso sí, se le ve con mala leche, cosa que no me asusta. Soy muy retadora, y no voy a titubear a la hora de retarlo, además, en esta época las mujeres no teníamos ni voz ni voto, y no pienso permitirlo, el tiempo que esté aquí pienso ser oída.

— ¿Por qué insististe en que usara a Lotus? ¿Por qué el reaccionó así? — pregunto con curiosidad.

— Lotus era la yegua que Harold quería regalar a Isolda por su compromiso, nunca llegó a regalárselo. Lo he hecho para ver su reacción. Ven conmigo.

Lady McCalister me enseña el castillo, yo lo conocía ya, pero completamente diferente. En este siglo, todo es más frío. Los muebles, que apenas hay. En el salón hay una mesa inmensa de larga, es toda de madera maciza pero sin pulir, claro. Las sillas también son de madera. Sobre ellas tienen pieles de animales, con el frío que hace aquí, como para no tenerlas. No hay sofás, no se usaban apenas. Solo sillas. La cocina donde hay varias personas cocinando. Han cogido un conejo y lo han decapitado ahí a lo bestia delante de mí, me han dado ganas de salir corriendo, pero claro, he tenido que controlarme, se supone que soy de esta época. Hemos entrado en una habitación que nosotros conocemos hoy como despacho, el cuadro de una mujer muy recatada

está sobre la chimenea.

- Ella es Isolda —dice Lady McCalister cuando ve que me paro frente a ella.
- Este cuadro no estaba cuando vendí la casa. Solo el de él.
- No me había dado cuenta —expresa esta.

Me doy cuenta de que está ocultando algo, pero me callo. Es demasiada información en pocas horas. Necesito digerirlo. Llegamos a las caballerizas. Lady McCalister me enseña a Omega, es un caballo precioso. Es blanco completamente. Impone su belleza. Una de las sirvientas necesita a Lady McCalister, esta se retira con ella, como no soy una mujer de estar quieta, decido seguir conociendo el castillo en esta época por mi cuenta. Es más, tengo curiosidad por ir a mi casa, me gustaría ver cómo era en este siglo. Me monto en el caballo y parto hacia allá.

Esta zona del castillo sigue siendo igual de verde, lo que ahora hay más casas por los alrededores. Según salgo de sus dominios y me acerco a lo que hoy es la ciudad, observo como han cambiado las cosas. Las mujeres cultivando sus tierras. Niños correteando por el campo, tan sano. Hoy con tanto teléfono y maquinitas no usan su imaginación, que es tan poderosa. Se han perdido tantas cosas, habremos evolucionado en algunas, pero en otras estamos muy atrasados. Donde está la escuela donde estudié hay un molino, me quedo atónita mirando. Paso por dónde está mi trabajo y veo que es la plantación de patatas. Una señora las recolecta mientras canta. Cuando llego a la que es mi casa, me bajo del caballo. Me paro frente a la puerta, un gran cartel de madera donde pone, Taberna Otilia. Osea que antes de mi casa, unos cuantos siglos antes fue una taberna. Pues voy a entrar, tengo sed y me apetece una cerveza fría. Cuando abro la puerta todos me miran. Hay hombres y alguna que otra mujer sentadas en sus regazos. Me da igual, a estas alturas me voy a asustar de esto. Me acerco a la barra y un tipo bajito y calvo se acerca.

- ¿Qué desea? —pregunta mirando hacia la puerta.
- Una cerveza fría, por favor.

El hombrecillo se marcha en silencio, mientras observo bien el lugar. Mujeres medio desnudas, hombres bebiendo como cosacos y metiéndoles mano, está claro, esto es un prostíbulo, no es que sean muy diferentes a los de ahora.

- ¿Desea algo más? —pregunta este poniéndome la cerveza en la barra.
- No, gracias.

Se vuelve a marchar y entra una señora. Tendrá unos sesenta años, lleva una capa que le tapa toda la cabeza. Se acerca a mí y se posiciona a mi lado.

- Hola, mi lady —dice.
- Hola —respondo.

Se pide una cerveza al igual que yo.

- Hace un frío infernal ahí fuera. Nada como tomarme una cerveza para templarme. Me llamo Fiona.
- Encantada, soy Gillian —respondo sonriéndole.
- ¿Eres nueva por aquí? No me suena tu rostro.
- Sí, llegué hoy —contesto agarrando mi cerveza.
- Este local no es muy recomendado para señoritas como tú —dice mirando alrededor.
- Aquí la vida es muy dura, las cosas se solucionan apuñalando o clavando una espada, aunque todo parezca igual no lo es.

La miro sin comprender. Esta mujer no puede saber que vengo del siglo XXI, es una locura. Sí casi me cuesta crérmelo a mí. Aun creo que del golpe tengo alucinaciones.

- No entiendo —expreso.

— Ya lo harás —responde sonriéndome dulcemente.

De pronto se oye un cristal y una mujer gritar. Todos se ponen en pie. Una chica sale semidesnuda gritando histérica. Detrás un tipo agarrándole de los pelos. Otra puerta se abre y me quedo helada al ver a Harold, está desnudo de cintura para arriba, coge por el pelo al tipo que está agrediendo a la chica y le mete un puñetazo haciendo que caiga por las escaleras. Harold se agarra el puño, se ha debido hacer daño. De otra habitación sale su amigo Duncan. Un hombre que está detrás d Harold va a agredirle pero Duncan le pega una patada haciéndole caer. Pues sí que son bestias aquí. Se forma un escándalo en toda la taberna. La mujer que está conmigo me coge de la mano.

— Vámonos de aquí —deja unas monedas sobre la barra y salimos de inmediato.

Miro hacia atrás y me percató de que Harold me mira, espero que no me haya reconocido.

— Gillian, tienes que protegerte. Este no es el siglo XXI.

La miro boquiabierta.

— ¿Cómo lo sabe? —pregunto.

— ¿Quién crees que hizo el hechizo de tu colgante? Soy el hada protectora de Harold desde que nació. Una bruja le maldijo, y he tratado de protegerlo.

— Pero sus prometidas han muerto todas. No lo entiendo.

— Porque ellas no eran las elegidas. Solo a elegida romperá la maldición y cambiará la historia —dice mirando hacia los lados.

— ¿Qué le hace pensar que esa mujer soy yo? —cuestiono.

— El colgante te eligió, Gillian. Tienes todo para enamorarlo.

— No lo entiendo, yo vivo en otro siglo, ¿Por qué he de ser yo y no una mujer de este? Yo tengo que volver a mi época. Además, habláis de que se enamore de mí, que no me resulta fácil, sé que no le he simpatizado, segundo, ¿Dónde quedó yo? Él se enamora ¿y yo?

— Sé que es complicado, pero tienes que ser tú. Ahora no lo comprendes, pero lo harás. Sé quién eres y se enamorará de ti. Eres hermosa, lista, un secreto, al ser su hada le conozco mejor que a él mismo, le gusta que le reten —dice guiñándome un ojo.

— Eso si es fácil, me gusta retar.

— Y tú ¿no me digas que no te parece un hombre guapo? Sé que todo esto es muy raro, pero te aseguro que lo comprenderás. Vas con ventaja sobre él.

Se oyen unas pisadas, Fiona mira para todos lados.

— Debo partir, no me pueden ver. Cuando me necesites agarra el colgante y menciona mi nombre dos veces. Por cierto, no dejes que Harold vea el colgante hasta la noche de luna mágica.

Desaparece entre la niebla dejándome aún más confundida. Para mi suerte, esos pasos no son de otro que de Harold y su amigo.

— Lady Gillian, ¿Qué hace aquí sola? Le dije que era peligroso —dice mirándome seriamente.

— Me dijiste que era peligroso irme pasando el lago, no que no fuera al pueblo. Soy una mujer que me gusta moverme por mí misma, no creo que tenga que pedir permiso.

Duncan se ríe, Harold no, me mira muy serio.

— Da la casualidad de que de vos estáis en mi castillo, por ello es mi

responsabilidad. Yo la llamo de usted.

— Ya veo, ya. Me llamas de usted porque quieres, me puedes tutear, sin problema. O hace falta que se responsabilice de mí, me sé defender. Tú madre me invitó a pasar una temporada, pero no es una prisión.

Harold cada vez más mosqueado al escucharme meneaba la cabeza.

— No te enfades, te van a salir arrugas y no hay cremas para ello.

— ¿Cremas? ¿Por San Etéreo qué es eso? —pregunta Duncan

Me río, su amigo es muy simpático.

— De dónde vengo, hay unas cremas que se usan para el rostro y las arrugas. Con lo gruñón que es tú amigo debería usarlas.

Duncan se carcajea.

— A ti no te importa que te tute, ¿no?

— No, me puedes llamar Duncan sin problema.

Duncan lo mira con reprimenda.

— En mi castillo la gente que se hospeda en él se comporta. No me gustan las mujeres que coquetean.

Ahora soy yo la que lo mira con reproche.

— Yo no coqueteo, soy simpática que es diferente, si quisiera coquetear te caerías de culo a verme, pero no me interesa coquetear con un tipo gruñón, y para no gustarte las mujeres que coquetean te recuerdo que vienes de un burdel.

Los ojos de Harold se oscurecen de repente. Su amigo me mira con prudencia y una luz amarilla se ilumina entre las hojas del árbol, se convierten en los ojos de Fiona, al verla comprendo que ya debo callar. Agarro mi caballo y me subo, luego marchó hacia el castillo, detrás de mí van los dos en silencio. Quizás me he pasado, pero no estoy acostumbrada a este siglo y no voy a permitir que nadie me falte el respeto.





J amás en mi vida había visto una mujer tan insolente y respondona como ella. Solo unas horas aquí y ha conseguido enfadarme. ¿De dónde ha salido una mujer como ella? Dice y hace cosas que nunca he visto en ninguna dama de por aquí. Me he mordido la lengua por mi madre, si no la hubiera echado del castillo sin contemplación. Duncan no me ha dicho nada en todo el camino, me conoce bien y sabe que me gusta guardar silencio cuando estoy a punto de estallar. En cuanto llegamos al castillo esta se baja y sin mirarme entra en su interior, mientras Duncan y yo nos quedamos en las caballerizas.

— Vaya carácter tiene tu invitada —dice rompiendo el silencio Duncan.

— No es mi invitada, sino de mi madre. Te aseguro que si no aquí no estaría —expreso molesto.

— Te ha puesto en su sitio, ¿eh? —responde mirándome sonriente.

Le miro serio. No me ha hecho ninguna gracia.

— No me mires así, sabes perfectamente que nunca te han gustado las mujeres

que te dan la razón en todo. Siempre me has hablado de que te gustaría haber conocido una dama que te llevase la contraria todo el tiempo, pues ya lo has hecho.

— Sí, lo he dicho, pero primero, esta es insoportable, segundo, no pienso ya en mujeres en ese sentido. Mientras sea como lo que hago de ir al burdel y compartir lecho con una de ellas, pero del amor, olvídate, no es para mí, no estoy dispuesto a pasar por lo mismo otra vez.

Me dolió en el alma la muerte de Isolda, no voy a vivirlo de nuevo. Ella fue buena, tierna, cariñosa, le tenía muchísimo cariño, hubiéramos sido muy felices juntos. No voy a decir que la amaba, no era así, si la quería muchísimo. No merecía morir así. Cuando me acuerdo, me entra una especie de rabia, odio, ira, y tristeza. Nunca podré amar.

— Pues yo a esa preciosidad le haría disfrutar de verdad en mi lecho. Menuda belleza salvaje, le quitaría su virtud y gozaría como una loca —dice Duncan.

— No, olvídate de ella, no quiero problemas.

Conozco a Duncan, sé que no parará hasta conseguirla. Cuando este se marcha, entro en el castillo.

— Madre, quiero hablar contigo —expreso mirándola.

Lady Gillian está con ella y me mira fijamente. Mi madre sin decir nada, se levanta y me sigue.

— Madre controla a tu invitada —digo nervioso moviendo las manos.

— Ya me ha contado lo que ha ocurrido. Discúlpala, ella viene de otro sitio y no tiene nada que ver con nuestra cultura.

— Me da igual de donde venga, es una osada. ¿Además que hacia ella sola en la posada?

— No conoce el lugar. Hijo, era de día, no pasa nada.

Miro a mi madre sorprendido. ¿Cómo no va a pasar nada?

— Una dama que se precie no va sola a una posada, por el amor de Dios —escupo.

— Harold, por favor. No seas grosero con ella. Es una mujer muy inteligente, bella, buena.

Me vuelvo hacia mi madre incrédulo.

— ¿La has traído para que me enamore? Siento desilusionarte, no es mi tipo, además no pienso volver a amar.

— No, no la he traído para eso, pero al menos se educado con ella.

Cuando mi madre se marcha no sé qué pensar. La conozco, sé que quiere que me enamore, pero eso no va a pasar, y menos con ella mujer tan insolente.





Los días han pasado demasiado rápido, ya llevo quince días aquí y solo pienso en volver a mi siglo. El conde nunca está, solo en las noches, cuando me ve me evita. No sé porque se han empeñado en decir que soy la que le salvará. No lo creo para nada, además, no me gusta estar aquí. He tratado de hablar con Fiona, pero no se me aparece. La madre de Harold me dice que tenga paciencia, pero siento que no puedo más. Quiero despertar de esta sueño sin sentido. Voy a montar a caballo con Lady McCalister. Porque esa es otra, las mujeres en este siglo solo son dos cosas o amas de casa o damas que no hacen absolutamente nada más que aspirar a casarse con un hombre rico. Me gustaría poder hacer algo, pero no puedo, la historia no se puede cambiar.

— ¿Ya estás lista, querida? —pregunta Lady McCalister al verme bajar al salón.

— Sí, ya lo estoy.

Esta me mira de arriba abajo sorprendida.

— ¿Qué le has hecho a tu falda? —pregunta llevándose las manos a la boca para no reírse.

— No puedo montar a caballo con esas faldas, así que he decidido cortarlas y hacerme un pantalón. Como los extraño. No puedo estar todo el día con esos vestidos. Es muy incómodo, ni respirar con esos corses. Así que me he diseñado mi propia ropa interior, he cortado los corsés y me he hecho sujetadores. Así puedo respirar, total, nadie me va a ver en ropa interior.

— Debes tener cuidado, no estamos en tu siglo, aquí todo es distinto.

— Lo sé, créeme que ya me he dado cuenta.

Mientras montamos, le cuento como conseguí mi casa, la que ahora es una posada. Donde estudié. Lady McCalister es una mujer muy simpática y con la mente muy abierta para ser de

este siglo.

— ¿Cómo es que usted pudo pasar al siglo XXI?

— Verás, un día me encontré con Fiona, es una bruja que protege a mi hijo, aunque a ella le gusta que le llamen hada. Es buena, sabe hacer hechizos, la cosa es que una vez me vio desesperada, cuando mi hijastro acabó con la vida de la primera prometida de Harold. Me dijo que la salvación de este estaba en otro lugar. No la entendí, creí que estaba loca. Cuando murió Isolda, su otra prometida, se me apareció, me dijo que ya no podíamos retrasarlo más, debía buscarte. Me hizo atravesar una puerta donde aparecimos en tu siglo. Sé que todo es una locura, pero te prometo que no lo es —me cuenta tranquilamente.

Mi cabeza va a mil por hora. Jamás creí en cosas así. Cambios de tiempo, condes con maleficios. Estas historias las he leído, o las he visto en TV, pero no en la vida real.

— ¿Pero con todas las mujeres que existen, porque yo?

Cuando me va a responder un fuerte escándalo llama nuestra atención. Una mujer está llorando desesperadamente en la plaza del pueblo. Detrás de ella un hombre con un cinturón. La insulta delante de todos. La gente se acopla para curiosear. Me bajo rápidamente del caballo.

— Gillian, ¡cuidado! —dice Lady McCalister.

Aparto a todos y llego hasta la mujer que está tratando de deshacerse de la mano de ese tipo que la ha agarrado.

— Suéltala —digo interponiéndome entre ellos.

— ¿Tu quién demonios eres? ¿Cómo osas entrometerte en esto? Esta mujerzuela estaba dando de comer en nuestra mesa a otro hombre que no soy yo. La he pillado con su amante, por ello va a recibir su castigo —grita el hombre.

— Yo no te he engañado, me encontré a ese hombre desmayado en la calle, lleva días sin comer, solo le he ayudado —responde ella llorando.

— Mentirosa. Te voy a dar tu castigo. Tú me debes sumisión.

Miro al tipo sorprendida de lo que acaba de decir.

— Suéltala, salvaje. Ella no es tu criada. ¿Estás sordo? Solo estaba ayudando a una persona.

Este me ignora y haciéndome a un lado agarra a su esposa por el pelo y le arrea una bofetada. Todos miran, unos ríen, otros tienen cara de espanto.

— Eres un salvaje maldito gordiflón —grito empujándole.

— Maldita entrometida, ¿Cómo te atreves a meterte en lo que no te importa? Ahora cuando acabe con ella comenzaré contigo.

Cuando escucho su amenaza, me subo en el muro que se encuentra a nuestra espalda. Tocándole el hombro le replico.

— Atrévete, venga. Todavía no ha nacido el hombre que se atreva a tocarme.

El hombre me mira con ojos de rabia, todos están en silencio. Este agarra su cinto y comienza a atárselo en la mano, está preparándolo para pegarme.

— Venga, ¿te crees muy hombre para pegar una mujer? Eso solo lo hacen los cobardes. Venga, pégame.

El hombre se mueve y lanza su mano hacia atrás para darme con más fuerza. Cierro los ojos fuertemente, justo cuando el cinto viene hacia mí, una mano lo agarra y le arranca el cinturón con fuerza, le mete un puñetazo haciendo que este caiga de golpe en el suelo. Y ahí ante mí con esa mirada que me pone tan nerviosa esta Harold.

— En mi presencia ningún hombre pega a una mujer. Vamos, si eres tan

valiente para pegar a una mujer también lo eres para pegar a un hombre, ¿no? — pregunta este.

El tipo mira para nosotros, luego mira a su mujer y levantándose del suelo sale de allí corriendo avergonzado. La mujer viene hacia mí y se arrodilla para darme las gracias.

— Muchas gracias, milady. Jamás había visto una mujer tan valiente. Gracias también a usted —expresa haciendo una reverencia a Harold.

— Por favor, no te arrodilles. Nadie debe arrodillarse ante otros puesto que nadie está por encima de nadie. Solo te doy un consejo, no te dejes pegar por un hombre, el hombre que de verdad te quiera jamás te levantará la mano, a no ser que sea para acariciarte —respondo.

Miro para Harold, y haciéndole una reverencia le doy las gracias, luego me subo en mi caballo y continuamos nuestro camino. Durante un rato cabalgamos en silencio, no sé si lo he estropeado, pero no me puedo quedar quieta ante una injusticia, me niego.

— Has sido muy valiente hoy en la plaza, Gillian —dice Lady McCalister.

— No se trata de valentía, si te digo la verdad, estaba un poco asustada, ese hombre era enorme, y si me hubiera golpeado de verdad —respondo.

— No lo hubiera permitido. Además, ahí estaba mi hijo para salvarte.

— Otra cosa, la he vuelto a fastidiar. No creo que le haya hecho mucha gracia que me metiera en ese lio —digo mordéndome el labio.

— Le conozco, no tenía cara de enfado, más bien de confusión. Ninguna mujer en este siglo suele atreverse a llevar la contraria a un hombre.

— Exacto, pero yo no soy de este siglo. Por eso mi osadía —me río.

Nos bajamos de los caballos y nos sentamos en unas piedras a hablar. Lady McCalister me muestra todas sus tierras. Las conozco a las perfección, las he recorrido con mi coche muchas veces. Se me hace raro verlas desde esta perspectiva. Tengo ganas de preguntarle cosas que no entiendo, pero no sé si deba.

— ¿En qué piensas? —pregunta.

— Me gustaría saber cómo es Harold. No lo entiendo muy bien. Es tan serio, frío, distante.

— Es normal que lo sea. Mi hijo ha sufrido mucho. Es bueno y aunque ahora parezca frío y distante, hubo una época que no lo era. Siempre fue una persona cercana, generoso, caballeroso, y muy cariñoso. Cuando Samira murió a manos de mi hijastro todo cambió. Ella, Harold y Murray, mi hijastro, siempre fueron muy unidos. Todos sabíamos que Samira y Harold se casarían. Cuando cumplieron una edad para hacerlo se comprometieron, sé que Harold no la amaba, pero si la quería como una gran amiga. Por su título de noble tiene ciertas obligaciones, por eso cedió a casarse con ella, se conocían muy bien. De pronto todo cambió con Murray, se distanció, Samira también estaba rara. El día de la boda, Harold recibió una carta, Murray lo citaba en el lago, cuando llegó, se encontró a Samira en brazos de Murray. Ambos pelearon, Murray cuando se vio acorralado, clavó su espada a Samira matándola. Juró que acabaría con Harold y el sería el único dueño de todas las tierras. Él junto con una maldita bruja maldijeron a mi hijo, toda mujer que se comprometa con él morirá. Nunca será feliz a no ser que renuncié a todo y le ceda las tierras a Murray, solo así se romperá la maldición.

Me quedo sorprendida de la maldad de la gente.

— No entiendo algunas cosas. La primera, sí tanto quería Samira a Harold, ¿Por

qué se acostó con Murray? Segundo, ¿Por qué quieren que se enamoré de mí? Si lo hace yo moriré.

Lady McCalister me mira y me acaricia la cara.

— Fiona, eso se lo tienes que explicar tú.

De pronto se abre la corteza de un árbol que no es más que una puerta. Me quedo con cara de tonta mirando.

— Es un pasadizo secreto que nos lleva desde aquí al castillo —dice Lady McCalister.

Fiona se sienta a mi otro lado.

— Samira se acostó con Murray porque este la enamoró con engaños, le puso en contra de Harold, solo para dañarle, luego la mató —continúa Lady McCalister.

— Tu eres su salvación porque así está escrito, Gillian. Y no, tu no morirás, en esa maldición no dice nada de que morirán las mujeres de las que Harold se enamoró, solo las que se casen con él —dice Fiona.

Me quedo como estoy. Sigo sin comprender nada.

— Verás, Harold, nunca amó ni a Samira ni a Isolda, las quiso como amigas. Él sabe muy bien su deber por su título es muy serio en sus responsabilidades, ellas en apariencia eran las perfectas para estar a su lado, pero no las amo. Mi hijo nunca se ha enamorado de verdad.

— Pero yo voy a volver a mi siglo, no es mi deber estar a su lado en este siglo.

— No, tu deber es romper la maldición y hacerle ver que no debe tener miedo a enamorarse —dice Fiona.

Esto es demasiado complicado para mí. Tengo que enamorarlo y después marcharme, me parece un poco tirando a bastante cruel, pero quiero regresar a mi siglo, con mi vida, así que si haciendo eso regreso, lo voy a hacer. Me tengo que poner las pilas.





J amás había visto a una mujer hacer lo que Gillian hizo hoy. Enfrentarse a un hombre de esa manera. Las mujeres que conozco son prudentes, tímidas, bueno, omitiendo las de la taberna, que son más atrevidas, pero tampoco al nivel de Gillian. Cuando ven peleas se esconden en sus habitaciones. No sé qué pensar de ella. He tratado de evitarla todo lo que he podido en estos días. A veces la observo hablar con mi madre divertidas. La observo hablar con los criados, los trata amistosamente, no tiene problema en ayudarlos si están en sus quehaceres. ¿De dónde ha salido esta mujer?

Me ha llegado una misiva, debo ir hacia el castillo del clan McDougal. Van a dar una fiesta por la boda del hermano de Duncan, sí que hemos de partir de inmediato, por lo menos tardaremos dos días en llegar, y la boda es este sábado.

— Madre voy a ausentarme unos días, he de partir al castillo de los McDougal, he de asistir a la boda de Ian —digo entrando al salón donde está desayunando con Gillian.

— No sabía que se iba a casar. ¡Qué buena noticia! Querido, ¿Por qué no llevas como invitada a Gillian? Está aquí conmigo cuando debería estar con gente de su edad.

Miro para mi madre seriamente. No tenía pensando llevarme a nadie y menos a ella. No sé qué pensar de ella, me desorienta muchísimo. Miro para ella que me observa en silencio.

— Madre, sabes que es peligroso esos caminos.

— Sí, pero va contigo y Duncan, además de tus hombres, anda hijo, hazlo por mí. Estos días voy a estar muy liada con la fiesta que organizamos todos los años por final de año.

Maldita sea, por San Marcus.

— No quiero ser molestia. No te preocupes por mí, sé defenderme si es por eso por lo que te preocupas. No estoy acostumbrada a que ningún hombre me defienda, desde niña me acostumbré a sacar las garras —expresa tapándose la boca rápidamente.

Que expresiones más raras usa.

— De dónde vengo así se habla.

— Está bien, puedes venir. Pero salimos de inmediato, nada de estar tres horas preparándote. No espero a nadie.

— Por mí no te preocupes, subo a por unas cosas y en tres minutos estoy de regreso.

Sube rápidamente a sus aposentos, mientras yo me quedo a solas con mi madre.

— No me mires así. Es inteligente, hermosa, divertida. Quizás sea ella la que haga que se rompa el maleficio.

— No, no vayas por ahí. No me voy a volver a enamorar de nadie y menos de ella. No sé cómo interpretarla. Es algo singular —expreso seriamente.

— Lo que necesitas.

— ¡Madre!

Duncan llegar a buscarme.

— Ya nos vamos, he invitado a Lady Gillian, estoy esperando por ella. Quédate con mi madre mientras termino de ordenar unas cosas.

Me marcho a hablar con mi clan mientras Duncan espera por ella.

— Ya estoy —dice mientras llega hacia mí con Duncan.

Se ha cambiado de ropa. Lleva un pantalón extrañísimo para montar y un abrigo que jamás en mi vida había visto.

— ¿Y esa ropa? —pregunto asombrado.

— La hice yo. Es más cómoda para montar y caminar entre montañas.

— ¿Y esos zapatos? —digo señalándolos.

— Son super cómodos, es como si fuera descalza, además de calentitos.

Lo que digo, ¿de dónde ha salido?

Ordeno que ella vaya junto a mis hombres mientras Duncan y yo encabezamos el camino. Durante un rato cabalgamos en silencio. Mi cabeza se ha marchado a otro lugar.

— ¿Qué te ocurre? Estás en silencio y nunca sueles ser así.

— Mi madre me ha casi obligado a traerla. No sé apenas nada de ella, más que viste raro y es demasiado atrevida.

— Eso me encanta en una mujer. No suelen ser así. Me llama mucho. Quiero aprovechar para conocerla, ¿quién sabe y sea ella la que logre que deje la soltería.

Miro para él sin entender. ¿De verdad quiere dejar de estar soltero? Duncan McDougal. Me rio al escucharle, no creo que lo diga en serio. De pronto un ruido nos alerta.

— Señor se oyen caballos desde aquel lado —dice uno de mis hombres aproximándose.

— Vamos a escondernos unos cuantos, los demás continuad con Lady Gillian.

Pero ya es tarde, alguien se lanza desde un árbol y comienza a pelear con uno de mis hombres. Duncan y yo comenzamos a luchar. De pronto estamos rodeados de muchos hombres. Me bajo del caballo y peleo con varios. No tenía ganas de llegar a las manos con nadie en este viaje, pero no hay de otra. Miro para ver si Gillian está en peligro pero no la veo. Maldita sea, ¿Dónde se ha metido? Duncan clava un puñal a uno de ellos, otro viene hacia mí pero una flecha le cruza el corazón, este cae de bruces al suelo, me quedo sin habla cuando veo a Gillian detrás de él con el arco. De pronto lo suelta y se aparta rápidamente. ¿Me ha salvado la vida?

— Harold, ¡cuidado! —grita Duncan.

Veo un caballo galopar hacia mí, debí suponerlo, es mi hermano.

— Murray, ¿Qué demonios haces aquí?

— Querido hermanito, vaya, vaya. ¡Cuánto tiempo! Te extrañaba, ¿tú a mí no? —dice riendo.

Sus hombres y los míos se apuntan con sus armas.

— Bajad las armas —grita—. Hoy no es el día en el que acabe con mi hermano, tened calma.

— ¿Por qué no hoy? —escupo furioso—. ¿No te atreves?

Este comienza a reír. Me mira y luego ve a Gillian.

— ¿Pero quién es esta hermosura? Vaya, vaya. ¿Cómo escondes una belleza así? No, no hermanito, una joya como esta no se puede esconder.

— Déjala en paz. Ella no tiene nada que ver con nosotros —expreso moviéndome hacia él.

— Pero deja que me presente.

— Soy Murray McGregor, el hermano de Harold, ¿tú eres?

— Y a ti quién demonios te importa —escupe.

— Vaya, que carácter. Eso no es de damas —contesta Murray riendo.

— Ni es de caballeros hablar a una dama desde el caballo sin tener la osadía de bajar. Ni tampoco es de caballeros poner en peligro la vida de una dama por hacerse el machito.

Mi hermano se baja del caballo y se acerca a ella. Yo me acerco a ellos.

— Déjala en paz.

— No, si tiene razón. Mis disculpas hermosa dama. No sabía que mi hermano se encontraba en tan maravillosa compañía. Siento mucho haber puesto su vida en peligro. ¿Me puede decir su nombre?

Esta lo mira con indiferencia.

— Me llamo Lady Gillian, y solo le disculparé si nos deja seguir nuestro camino en paz.

Murray me mira, y mirando a sus hombres les ordena montar en sus caballos.

— Por supuesto. Nos marchamos enseguida, solo quería saludar a mi hermano. Será un gran placer volverla a ver.

Le agarra la mano y le da un beso en ella. Luego monta su caballo y marcha por donde vino.

El grito de un hombre nos hace volvernos. Gillian le ha agarrado por el brazo y haciendo un

movimiento rápido le lanza contra el suelo y le da una patada en la entrepierna.

— Ha tenido la osadía de tocarme, y cuando una mujer dice no, es no.
Mi hermano se acerca a su hombre y sacando su arma le da un tiro en la cabeza.

— Tiene razón Lady Gillian, y le garantizo que cualquier hombre que la toque estando en mi presencia no volverá a ver la luz de día. Hermano, nos volveremos a ver, esto no acaba aquí.

Luego se marcha con sus hombres. Ordeno a los míos que enterremos a los hombres que perdieron la vida en esta lucha y sigamos nuestro camino.





J amás habia visto morir a un hombre y menos aún había matado a nadie. Pero todo ocurrió muy rápido. Era Harold o él. Cuando me di cuenta de que había matado a alguien un miedo atroz recorrió mi piel. He acabado con un ser humano. Me siento sucia. Durante el camino nadie ha dicho nada. Voy en medio de Duncan Y Harold, pero ninguno dice nada, por el rabo del ojo veo que se miran, pero no hablan.

— ¿Estás bien? —pregunta Duncan rompiendo el silencio.

— La verdad, no sé qué responder. Nunca había matado a nadie y hoy lo he hecho. Me siento bien porque sé que Harold está a salvo, pero he matado a un ser humano —expreso.

— Esos no son seres humanos, son fieras. Has sido muy valiente al haber hecho eso. No te arrepientas, es supervivencia —responde este.

Harold observa en silencio sin decir nada.

— Se ha hecho de noche. Vamos a pasar la noche aquí. Preparad todo, yo me voy a buscar algo para cenar.

Se marcha en silencio mientras Duncan y yo observamos.

— No se lo tomes a mal. Harold lo ha pasado mal. Ven vamos a preparar las cosas.

Durante un rato, Duncan me cuenta con varios hombres sus aventuras. Me hace gracia como lo cuentan. La verdad que por mucho que leyera como era la vida en esta época, está muy lejos de como lo imaginé. La vida era dura. Todo era muy salvaje y aunque hoy día tenemos muchos adelantos, lo que está claro es que el ser humano no ha cambiado mucho con respecto a ser unos salvajes. Entro en la tienda que hemos preparado y saco unos paños, me apetece darme un baño. Estoy sucia y tengo sangre. Un poco más abajo de las tiendas hay un lago, me voy a bañar.

— Ten cuidado. No te alejes mucho —dice Duncan—. Si quieres te acompaño

—expresa el muy pillo.

— No, gracias. Puedo asearme sola.

Me quito la ropa observando que nadie me vea. La luna está llena y parece un foco, así que veo perfectamente a mí alrededor. Dejo todo sobre una roca y me sumerjo en el lago. El agua está helada, pero deliciosa. Nado un rato, me relajo. Trato de olvidarme que he matado a un hombre. En este lago me he bañado con Caro cuando éramos más niñas. Claro, en bañador y de día. Cuando regrese y le cuente lo que estoy viviendo no se lo va a creer, no me lo creo ni yo. Salgo tranquilamente del lago cuando me quedo parada al ver frente a mí a Harold. Está sin camisa pero lleva los pantalones, me tapo rápidamente. Dios que vergüenza, me ha visto como Dios me trajo al mundo. Mira que es guapo, hace tanto que no me doy un buen revolcón, ojalá este hombre estuviera en mi siglo, no lo dudaría.

Nos miramos a los ojos fijamente. Sus ojos claros se han vuelto ahora oscuros. Me tiende el paño para que pueda cubrirme mientras él se da la vuelta.

— Lo siento, pensé que era Duncan el que estaba bañándose —expresa.

— ¿Y os soléis bañar desnudos los dos juntitos? —digo con sorna.

Harold se da la vuelta y me vuelve a mirar a los ojos. Esta vez se ríe al ver que yo también lo hago.

— No, no nos bañamos desnudos, que horror.

— Ah bueno, me habías asustado —expreso.

— ¡Muchas gracias por salvarme! No quiero que pienses que no te lo agradezco.

— No hay de qué. No puedo ni imaginar si te hubiera pasado algo —respondo.

— ¿Te hubiera dolido? Si no me conoces apenas —replica.

— No tiene nada que ver. ¿Hubieras dejado que me hubiera ocurrido algo? —contesto.

— Por San Marcus, no.

— Pues yo lo mismo.

Me acerco a él. No huele a colonia, pero tampoco a suciedad, desprende un aroma a hombre deliciosa. Quiero regresar a mi siglo, pero debo cumplir mi misión antes, así que sin pensarlo más me acerco a sus labios y lo beso. Harold me agarra de la cintura y pegándose a su cuerpo me lo devuelve, sus labios fríos y húmedos me devoran los míos. Un beso como jamás me habían dado.

Unas voces a lo lejos llamando a Harold me hacen parar. Nos miramos a los ojos y agarrando mi ropa me escondo entre unos arbustos. Harold lleva a sus hombres hacia otro lado para que no me vean y me pueda vestir tranquila. Cuando lo hago, me voy disimuladamente sin ser vista más que por Harold. Sus hombres están asando varios conejos y huele de maravilla.

— ¿Ya estás más tranquila? —pregunta Duncan.

— Sí, mucho mejor. ¡Gracias!

Durante un largo rato hablamos de cuando eran niños y las bromas pesadas que les hacían a sus familias. Me parecen super divertidos y sanos.

— ¿Puedo preguntarte algo? —digo.

— Claro.

— Sé porque Harold no se ha casado, pero ¿y tú? ¿También tienes una maldición?

— No, yo simplemente vivo —responde.

Por como lo dice, algo me hace creer que es un hombre despechado.

— Sí, bueno —contesto mirándolo.

— ¿Qué? —dice de reojo.

— Que conozco a los hombres como tú, y por como lo has dicho, creo que lo tuyo es por despecho. Vamos, en mí puedes confiar.

— No se te escapa nada. Sí, me han roto el corazón y ahora solo quiero divertirme. La mujer a la que amaba se casó con mi hermano mayor.

Me quedo de piedra al escuchar sus palabras.

— ¿En serio? Eso es horrible —expreso horrorizada.

— Encima tengo que verlos en la boda del pequeño. Muy bien todo.

Harold regresa y su mirada y la mía se encuentran. Se sienta frente a mí y cena en silencio.

— Esta buenísimo —digo saboreándolo.

— Y que lo digas, estoy hambriento —continúa Duncan.

— ¿Cuándo comamos vamos a la posada del camino? —dice rompiendo su silencio Harold.

— Por mí genial —dice su amigo.

— Me apunto —respondo.

— Oh no, ahí no pueden entrar mujeres, y bueno las que están no son como tú, ya me entiendes —dice haciendo un gesto con su cara Duncan.

Osea que es otro burdel. Espera un momento, le beso y se marcha a un burdel. ¿En serio? Jamás me había pasado esto. Cuando me he besado con un hombre, he acabado pasando la noche con él, no yéndose a un prostíbulo.

— ¿En serio os vais a un sitio así y me dejáis sola? —digo seria.

— No vas a estar sola, mis hombres estarán contigo.

— Pues me niego. Si vosotros os lo vais a pasar bien ¿porque yo no? —digo.

— Porque vamos a pasar un rato con prostitutas. ¿No querrás eso? —dice divertido Duncan.

— No, yo prefiero con un hombre. Las mujeres no me gustan, aunque lo respeto —respondo mirando para Harold.

— ¿Dos mujeres? ¿Te imaginas Harold? —dice riéndose.

— En un futuro será lo más normal. Nadie se sorprenderá porque dos mujeres yacen juntas al igual que dos hombres.

Duncan escupe su bebida.

— Por Sn Marcus, dos hombres, que asco. Que cosas dices, Gillian. Que mente la tuya.

— Pues pasadlo bien. Ya verá cómo me lo paso yo. ¡Buenas noches! —digo levantándome de la mesa mirando para Harold.

Entro en mi tienda. Escucho como Harold da órdenes a sus hombres para que me protejan. Pero quiero provocarle. Nunca me había pasado esto. Y necesito volver a mi época. Y de paso, poder disfrutar de un hombre en todo el sentido de la palabra. Que este sueño tan extraño no sea en valde. Soy una mujer del siglo XXI donde las mujeres podemos acostarnos con un hombre sin sentirnos sucias, si me apetece, ¿Por qué no? Pienso en la forma de provocarlo. Me asomo y escucho como Duncan le dice que va a por su caballo. Sus hombres están en el otro lado organizándose. Es el momento. Agarro mi abrigo y me lo pongo encima. No llevo nada más que él camisón fino y esto. Salgo de la tienda sabiendo que él está frente a ella.

— Ah, aun estás aquí. Pensé que ya os habíais ido —digo haciéndome la tonta.

— ¿Dónde vas? —pregunta moviéndose.

— A pasear —respondo.

— ¿A pasear así? ¿Eres como las de la posada? ¿Qué pretendes hacer yendo así? Calentarle la cama a alguno de mis hombres —escupe.

Le meto una bofetada.

— ¿Cómo te atreves? No soy ninguna de esas mujercuelas a las que estás acostumbrado. Pero estás ciego. ¿Crees que voy besando al primero que me encuentro? Me gustas, soy atrevida y te lo digo, pero no tengo porque rogar a un hombre, no es mi costumbre. Y de dónde vengo, no tengo porque dar explicaciones de lo que hago o de lo que dejo de hacer.

Sin más me dirijo al lago donde antes nos besamos. Harold sigue parado frente a mi tienda. Joder, no ha servido de nada. Me siento una imbécil, además de una buscona. ¿Qué estoy haciendo? No le intereso, su madre y Fiona están confundidas. Oigo unas voces y me escondo. No quiero que me vean sus hombres. Veo a Duncan montarse en el caballo y alejarse. En cuanto regrese de la boda de los McDougal voy a exigirle a Lady McCalister que me regresen a mi siglo, no pinto nada aquí. Observo a la luna, está tan brillante y hermosa. Una mano se posa en mi cintura, y su barbilla en mi hombro. No necesito darme la vuelta para saber que es él, Harold.

— Esta preciosa esta noche —dice.

— Sí que lo está —respondo dándole la vuelta.

— Me desconcierta Gillian. Nunca he conocido a una mujer como tú. No nos conocemos apenas, pero siento que te conozco. No puedo, ni quiero enamorarme. Una maldición cayó sobre mí, y no podría perdonarme que volviera a ocurrir que una mujer muriera por mi culpa, y menos tú. Nunca había sentido esta atracción que siento por ti. Ni con Isolda ni con Samira. Las quería, pero no me atraían para compartir lecho con ellas como me atraes tú. No quiero mancillar tu nombre al desposarte de tu inocencia —expresa.

— Harold, me gustas. Créeme que soy una mujer que sabe lo que quiere. Hasta que te conocí no creía en maldiciones, ni en magias, ni en nada que se le pareciese. Vengo de un sitio donde las cosas son diferentes a las de aquí, donde las cosas suelen arreglarse de otra manera, no siempre, pero sí la mayoría de las veces.

Me mira sorprendido. Su cabeza debe de estar pasando a mil por hora, como me sigue pasando a mí con lo que estoy viviendo.

— Esa es una de las cosas que me sorprenden de ti. No entiendo ni la mitad de las cosas que me dices, pero me encanta escucharte —dice sonriendo.

La luna comienza a brillar mucho más fuerte entonces, me doy la vuelta para observarla pero piso una piedra y me tropiezo cayendo sobre los brazos de Harold que me sujeta fuertemente. Nos quedamos mirándonos a los ojos fijamente y no sé en qué momento ocurre pero nos comenzamos a besar. Ese olor que tiene me encanta, no huele a perfume, pero su aroma es maravilloso. Un ruido nos hace despegarnos. Me pongo recta y me aparto un poco. Miramos pero no vemos a nadie. A debido de ser un animal.

— No, esto no puede ser —dice apartándose más de mí. No puedo. ¡Lo siento!
—dice subiéndose a su caballo y marchándose.

Me siento extraña. No entiendo esto que acaba de pasar. Sí, sé perfectamente que se supone que estoy aquí para acabar con la maldición, pero no lo aguanto más, necesito volver a mi siglo, siento que si no, me volveré loca. Me marcho a mi tienda, quiero dormir y despertarme en mi casa, quiero despertar de este sueño.





C uando Duncan y yo entramos en la posada, nos pedimos unas cervezas. Necesito beber. Este día ha sido extraño. Primero que mi madre se empeñara en que Gillian viniese, luego el reencuentro con mi hermano, que me salvase de morir, y después encontrármela en el lago, besarnos. Jamás me habían besado de esa manera. Normalmente las mujeres con las que estoy no les permito que me besen, me parece algo demasiado íntimo, yo lo único que busco en ellas es compartir lecho, pasarlo bien durante un rato y marcharme. Gillian y su beso se han quedado en mi mente, y eso es algo que no me puedo, ni quiero permitir. Cuando murió Isolda, juré que jamás pondría en peligro la vida de ninguna mujer, y menos por la maldita maldición. Por eso se me ocurrió venir aquí con Duncan. Quiero desahogarme.

— ¿Qué te ocurre esta noche? Te noto extraño —expresa este mirándome.
No quiero decirle mis dudas porque ni yo mismo lo entiendo. No sé qué demonios me ocurre.

— Nada, bueno sí lo de mi hermano, estoy harto de todo. Muchas veces desearía dejarle todo y vivir tranquilo. Sí todo lo que desea es mi título se lo daría sin problema, pero no lo hago por mi madre. Ella tiene derecho a vivir con su legado.

— Pero Harold, sería demasiado fácil entonces. Se trata de que es tuyo por

derecho. Murray es una sanguijuela. Su padre se casó con tu madre, le dio mala vida, encima se cree con derecho a despojarte de todo. Y no se le ocurre otra cosa más que hacerte un maleficio para que nunca seas feliz. No sé cómo aguantas, yo le hubiera cortado la yugular —expone mi amigo.

— No te creas que no me dan ganas, pero no creo que ese sea la solución.

— ¿Ah, no? ¿Entonces cuál? —pregunta este.

Me quedo en silencio pensando en lo que estamos hablando. Le hice una promesa a Samira en su lecho de muerte, que no mataría a Morris, por eso no lo he hecho, porque lo prometí, se lo debo, murió por mi culpa.

— ¿Y tú como te sientes sabiendo que vamos a reencontrarnos con tu ex prometida y hermano? No debe ser nada fácil —digo para cambiar el tema.

— Imagínate, ¿Cómo te sentirías tú si la mujer que amabas se hubiera casado con tu hermano? Si voy a la boda es por Ian, sino te aseguro que no hubiera venido.

— ¡Lo siento! No debí sacar el tema, sé que te afecta mucho.

— ¿Qué más da si pasado mañana los voy a tener que ver?

Unas mujeres se nos acercan.

— Hola, Harold —dice Brigitte, ya la conozco de otras veces.

Sin decir nada, me tomo la cerveza de golpe y agarrándola de la mano la llevo a uno de los aposentos.

— Desnúdate —le pido.

Esta me obedece. Me bajo los pantalones sin mucho esmero y la arrincono en la pared. Entro en ella fuertemente. La miro a la cara, sus ojos, sus labios, su pelo, es Gillian. Le pongo las manos por encima de su cabeza y entro una y otra vez en ella haciéndole gemir. Me pide que no pare, cuando habla me doy cuenta de que es Brigitte y no Gillian. De pronto me paro.

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué no continuas? —pregunta mirándome nerviosa.

— Vístete y márchate —digo dejándole unas monedas sobre la cama.

Jamás me había ocurrido algo así. No poder acabar con una mujer. Pero ese beso que nos dimos antes junto al lago lo tengo grabado en mi mente y no se marcha. Salgo de la habitación, Duncan no está, cosa que significa que está con otra mujer, decido no esperarlo y me marchó al campamento. Cuando llego, mis hombres hacen guardia alrededor de la tienda de Gillian, sin poder evitarlo, me asomo y la veo dormir. Sus cabellos rubios le tapan parte de su precioso rostro. ¿Quién es esta mujer y porque me desconcierta de esta manera?





Y a estaba amaneciendo cuando Harold llegó. No pude pegar ojo en toda la noche. Oí unos pasos alrededor de mi tienda y luego una sombra, cuando escuché su voz hablando con uno de sus hombres me quedé más tranquila. Vi su silueta como abría mi tienda y decidí hacerme la dormida. Se quedó un rato observándome. Algo que me deja desconcertada, ya que acababa de venir de estar con una de esas mujeres. Estoy desesperada, quiero, necesito regresar a mi siglo. Esto parece un sueño de muy mal gusto ya. Si me encontrara con un hombre así en mi siglo, no lo dejaría escapar, pero es de este, he de regresar, sino me temo que no me podré resistir, y eso es algo que no pienso tolerar.



Después de unas horas donde por fin pude dormir un poco me despierto, un olor a comida me inunda mi pituitaria. Agarro mi ropa y asomándome para ver si hay alguien salgo y me marcho al lago a asearme, luego vuelvo a desayunar. Un par de hombres de Harold están sentados junto a Duncan.

— ¡Buenos días! —dice este al verme —¿Has descansado? Aún queda otro día de camino. Llegaremos a mi hogar al alba.

— ¡Hola! Sí, no te preocupes, soy una mujer muy fuerte.

Desayuno mientras escucho divertida las anécdotas que Duncan me cuenta de sus batallas cuando era un niño. Este hombre le gustaría a Caroline, si ella estuviera aquí conmigo seguro que le hubiera gustado. Harold aparece de repente. Me mira pero me quita rápidamente la mirada, se nota que me quiere evitar, y yo se lo voy a poner fácil.

— No tarden, debemos partir ya —dice mirando a Duncan.

Me levanto y voy hacia mi tienda a coger mis cosas, no quiero que se demoren por mí. Las montañas donde hoy día hay teleféricos y estaciones de esquí ahora están vacías. Solo árboles y animales. Se siente paz. Es curioso qué haya podido ver ambas épocas. Creo que voy a escribir un libro cuando regrese.

— Que callada estás —dice Duncan posicionándose a mi lado.

— La verdad es que me estaba imaginando como será esto dentro de muchos siglos. Imagino que las cosas serán diferentes, más modernas. ¿Te imaginas que se pueda uno deslizarse por la nieve con algún objeto en los pies? ¿O poder llegar a la punta de la montaña y observar el paisaje? —digo ansiosa.

— Uy, que extraño. Me cuesta poder imaginar que alguien pueda hacer eso. Con los clanes que hay y todas las guerras. Es imposible que algún día pudiera ocurrir eso que dices.

Si tu supieras, pienso. Me río al imaginarme la cara que pondría si pudiera enseñárselo. Cabalgamos durante varias horas hasta que llegamos a un pequeño pueblo llamado Landy, lo conozco porque aquí nació Caroline, aunque ahora se llama Landy Grod. Es muy pequeño pero acogedor.

— Landy Grod —digo cuando nos paramos frente a una pequeña posada.

— Landy —dice Duncan—. ¿Como lo has llamado?

— Landy Grod, así lo llamamos una amiga y yo —digo disimuladamente.

Huele a estofado. Que hambre tengo, la verdad.

— Vamos a comer, quédense unos pocos aquí vigilando, cuando salgamos nosotros entráis vosotros —dice Harold mirándome por fin después de que me ha ignorado todo el día.

Entramos y ellos se piden unas cervezas, yo sin embargo pido vino, ante el asombro de estos.

— ¿Vas a beber vino? —pregunta asombrado Harold.

— Sí, claro. Me encanta. ¿Tiene algo de malo? —pregunto.

— Pues que las mujeres no toman vino —expone Duncan.

— Yo no soy cualquier mujer —respondo tranquilamente mirando a Harold.

Comemos el delicioso estofado que nos ha servido la dueña de la posada. Que se queda mirando a Duncan.

— ¿Eres tú el pequeño Dunquin? —dice mirando para este.

Harold y yo nos miramos y tratamos de no reírnos, pero el mote me hace gracia, no le pega nada.

— Sí, soy Duncan McCalister —dice mirándola avergonzado.

— No me recuerdas, ¿verdad? Soy la señora McGiwen, cuidaba de ti y tus hermanos cuando erais unos niños.

Este la observa y su semblante cambia. Se levanta rápidamente de su asiento.

— Señora McGiwen, es usted. ¡Cuántos años! Deja que le dé un abrazo.

— Sigues siendo igual de caballeroso y cariñoso de cuando eras niño. ¿Qué ha sido de ti? Hacía años que no te veía, a tus hermanos sí.

— Vivo en otro lugar, me mudé con mi mejor amigo Harold McGregor.

- ¿Y que es de ti? ¿Estás casado? —pregunta.
— No, eso no es para mí —dice quedándose en silencio.
— Sé que tu hermano te robó a tu prometida el día de vuestra boda, lo siento —dice la mujer.
— Prefiero no recordar eso —responde con otro semblante.
— Ella no es feliz. Solo te puedo decir eso. Su mal se lo buscó ella sola. Ya no hablo más, ¿queréis beber o comer más? —expresa está mirándonos.
— No, muchas gracias.
— Voy a avisar a los hombres para que entren. Los que ya hemos acabado nos salimos. Ha sido un placer volver a coincidir con usted señora McGiwen. Espero verla pronto.

Duncan se sale rápidamente mientras Harold y yo nos miramos entendiendo que se ha sentido mal.

- Voy a hablar con él —expreso.
— No, mejor déjale. Lo conozco, es mejor que esté solo. Mañana volverá a verla y no va a ser cómodo para él —dice Harold agarrándose del brazo.
— Lo entiendo —contesto mirando su mano.

La quita rápidamente y le deja a la mujer unas monedas.

- ¿Salimos? Así pueden comer los demás.

Cuando salimos no vemos a Duncan. Se ha ido con su caballo. No sabemos dónde se habrá metido. Me da pena pensar lo que le pasó. Vaya basura de hermanos que tienen estos dos. Menos mal que soy hija única, pero tener hermanos como estos tiene tela. El árbol centenario que está en la plaza me llama la atención, Carol y yo jugueteábamos a su alrededor cuando veníamos a ver a su abuela. Está muy pequeñín. Y pensar que este árbol va a llegar a ser enorme. Que va a sobrevivir un incendio, una inundación. Miro su mini tronquito que no se aprecia muy bien. En el tronco futuro Carol y yo escribimos nuestros nombres. Todo esto es asombroso. Harold me observa en silencio. Pensará, ¿Qué hace está loca revoloteando alrededor del árbol?

- Hola —digo llegando a él —. ¿Dónde están los demás?
— Unos acabando de comer, otros les he ordenado que nos adelantasen y vigilaran que no hubiese problemas. Duncan aún no ha llegado.

Nos quedamos en silencio mirando a un punto fijo. Luego lo vuelvo a mirar.

- Tenemos que hablar, —digo moviendo mi pulsera.
— Creo que todo quedó claro anoche —expresa.
— No, Harold. Quiero saber que te desagrada de mí para que me rechaces.
— Por favor, Gillian. No me desagrada absolutamente nada de ti. Pero no puedo estar contigo. Ni contigo ni con nadie —responde tratando de evitarme.
— ¿Por lo de tu maldición? —pregunto.
— Sí, por eso. No quiero que nadie más sufra. Además tú estás de paso.
— ¿Y? Pensé que eras más atrevido, pero ya veo que no eres capaz de luchar por lo que deseas. —digo para molestarlo.

Quiero que reaccione. Que se abra.

- No me conoces ni lo más mínimo. No tienes ni idea de todo lo que he luchado, lo que he sufrido. He visto a dos mujeres a las que quise morir en mis brazos. Perdóname por querer protegerte —responde levantándose y yendo a su caballo.
— Espera, ¿me quieres? —pregunto.

Harold no responde. Sigue caminando.





No me puedo creer que le haya dicho que la quiero. Pero no la conozco apenas. Solo sé que tiene algo que me atrae. Como si de un imán se tratase. ¿Qué me está pasando? Cuando la tengo cerca me tengo que resistir a no besarla. Verla así tan hermosa, tan viva, tan atrevida. Una mujer que no le importa el qué dirán es de todo mi respeto. Pero sé que si la dejo entrar por completo en mi corazón y en mi vida, no la traeré más que desgracias. Jamás había sentido nada así por nadie, ni siquiera por Isolda. Quizás era porque jamás la amé con ese amor tan infinito, ese que te hace temblar, esa que anhelas ser parte de su mundo. Gillian es misteriosa, desde que la vi algo en mí despertó. Trato de no romper mi juramento, porque romperlo significaría perderla, y eso es lo último que desearía. Cada encuentro con Gillian es como un torbellino de emociones que me envuelve por completo, haciéndome cuestionar cada promesa y convicción que he mantenido hasta ahora. Su mirada profunda parece traspasar mi alma, revelando secretos que ni siquiera yo sé que escondo. Aunque lucho por contener mis sentimientos, cada gesto suyo, cada palabra susurrada al viento, me acerca más a un abismo del que no sé si podré escapar ileso. ¿Cómo resistirme a la atracción magnética que fluye entre nosotros, desafiando todas las reglas y barreras que nos separan? En medio de esta vorágine de emociones prohibidas, me debato entre la lealtad a mis juramentos y el deseo abrumador de entregarme a este amor tan intenso y puro

que Gillian despierta en mí. ¿Seré capaz de mantenerme firme en mi decisión o sucumbiré a la pasión arrebatadora que amenaza con consumirnos a ambos?

— ¿Ya nos vamos? —dice tras de mí Duncan.

— ¿Estás bien? —pregunto mirándolo.

— No, la verdad. Pero tiene lo que se merece. Si no es feliz, que no me hubiera dejado tirado. Ella eligió —expresa cambiando su gesto—. ¿Tu cómo estás? Te veo extraño.

— Pues te equivocas, estoy bien. Ya nos vamos.

Retomamos nuestro camino. Trato de mantenerme alejado de ella, aunque no sé si lo conseguiré. Ella y Duncan no paran de hablar y de reír y de pronto siento celos, me encantaría poder estar así de relajado con ella, pero no puedo.

Inmediatamente cayó la noche, la luna brillaba intensamente, como la noche anterior. Al sentir que era momento de detenernos, avisé a mis hombres y rápidamente levantaron el campamento. Mientras tanto, Duncan y Gillian continuaban con su animada conversación. Decidí ir a refrescarme y me sumergí tranquilamente en el lago, sintiendo cómo el agua fría me ayudaba a despejar la mente. A pesar de pensar en nosotros, procuré cambiar rápidamente de tema. Un ruido repentino me produjo un sobresalto. Salí corriendo del agua y tomé mi daga que reposaba sobre una roca. En medio de la oscuridad, solo lograba distinguir una sombra, ya que en ese preciso instante, una nube cubrió la luna. Perseguí a esta figura, me lancé sobre ella y me sorprendí al descubrir que se trataba de Gillian.

— Disculpa, pensé que eras uno de los hombres de mis hermanos. No pretendía lastimarte —expresé mientras me incorporaba y la ayudaba a levantarse. Repentinamente caí en cuenta de que estaba desnudo. Gillian me miró y se sonrojó. Rápidamente me tapé.

— Perdóname, no sabía que estabas aquí —respondió, dándome la espalda.

Tomé mi ropa y me vestí velozmente.

— Puedes continuar refrescándote —mencioné antes de alejarme.

— No te vayas —me exigió.

Una fuerza irresistible me atrapó y me incliné hacia ella, pero esta vez no era para atacarla, sino para besarla. Ella correspondió con deseo y pasión, despertando en mí algo difícil de controlar.





Vi cómo se alejaba y, a pesar de intentar no insistirle, sentí el impulso de seguirlo. Es algo extraño, me estoy involucrando demasiado. Mi única tarea es romper la maldición haciéndole ver que puede volver a amar. Debo enamorarlo a él, pero no enamorarme yo, aunque temo que ya lo esté haciendo. Me gusta muchísimo. Disfruto cuando me besa. Y esos besos despiertan en mí el deseo de ir mucho más allá con él. Sin embargo, sé que no puedo, mi vida está en el siglo XXI. Esto es una locura. No soy Claire de Outlander que puede quedarse con Jamie, yo debo regresar. Esta época no es la mía. Aunque Harold me gusta mucho. Es dulce, varonil, inteligente, protector. Ama a su madre y se preocupa por los suyos. Es un buen amigo. Es el hombre ideal para mí, pero en mi tiempo. ¿Por qué aceptaría esta locura? Lo observo bañarse, evito parecer atrevida y decido retirarme, pero una rama se quiebra y él la escucha. Cuando lo vi desnudo, me quedé sin palabras. Es perfecto. No quiero que se vaya, así que se lo pido. Sus labios sobre los míos me excitan y cautivan. Sus besos me vuelven loca. Solo deseo sumergirme en él y ser uno solo.

— Harold —dice la voz de Duncan.

Nos separamos rápidamente. Nuestros labios están rojos. Es obvio que Duncan nos vio. No digo nada y me retiro avergonzada. Entro en mi tienda y decido no salir. Dormiré esta noche con el sabor de sus labios.



Soy despertada por uno de sus hombres que informa que debemos partir, aún no ha amanecido.

— Estamos cerca de mi casa —dice Duncan—. Qué sorpresa.

— Me siento avergonzada —expreso.

— No te preocupes, nunca había visto a Harold así, ni siquiera con Isolda. Me parece bien que se enamore de nuevo.

— No estoy segura, Duncan. Él se resiste. No creo que quiera algo conmigo.

— ¿Estás bromeando? Nunca lo había visto así, y si te besó es porque le gustas. Él no besaría a ninguna mujer en los labios si no sintiera algo. Y contigo lo ha hecho —responde guiñándome un ojo.

— ¿Estás bien? ¿La verás después? —pregunto.

— Sí, no te preocupes. Todo está bien.

Harold se nos une y pide prisa. Nos miramos, pero él vuelve a estar serio, cerrado. Así no puedo continuar. Cuando lleguemos, intentaré contactar con su protectora. Debo poner fin a esto o saldré herida.

Durante dos horas cabalgamos. En un momento, sin darme cuenta, comienzo a cantar *Una vez en diciembre*, una canción que adoro. Harold me mira curioso y me pregunta sobre la canción.

— *Una vez en diciembre*, es una canción mágica", —le explico.

— Nunca había escuchado una canción con letra. Me gusta. ¿La inventaste tú? —pregunta Harold con interés.

Pronto entramos en un camino largo que conduce hacia un imponente castillo. Observo la expresión seria y pensativa de Duncan mientras nos acercamos. Le hago un gesto a Harold y me acerco a él.

— Qué lugar tan bonito. ¿Es aquí donde solías jugar con tus hermanos? —pregunto con curiosidad.

— Sí, —responde Harold mientras mira al frente. Al llegar, varias personas salen a recibirnos. Nos bajamos de los caballos y una mujer muy cariñosa abraza a Duncan, supongo que debe ser su madre. Luego un hombre amable se une al recibimiento. Después, se acercan a Harold y a mí para saludarnos y nos abrazan.

— Ella es Gillian, una amiga de la familia, —presenta Harold con gentileza.

— ¡Encantada! —respondo sonriendo.

En la entrada, una mujer y un hombre captan la atención de Duncan, asumo que ella es la mujer que le rompió el corazón. Duncan se les acerca, los observa, y luego entra al castillo. Sus padres, que han estado observando, intercambian miradas tristes antes de invitarnos a entrar.

Harold saluda a los presentes y me los presenta.

— Ella es lady Luella, la esposa de Silver McGregor, el hermano mayor de Duncan, —me informa mientras la saludo.

La observo detenidamente. Es hermosa, pero veo una profunda tristeza en sus ojos. Por otro lado, su esposo parece un tanto arrogante, como si fuera el macho alfa del castillo. Me callo mis pensamientos, no quiero ofender a nadie con mis observaciones.

En ese momento, un joven entra y abraza a Harold efusivamente.

— Ian, ¡Felicidades!", —exclama Harold, señalándome.

— Ella es Gillian, una amiga.

Ian me saluda amable y cálidamente. Parece abierto y simpático, al igual que Duncan. El otro, en cambio, apenas me ha dicho un breve hola. Ian y Duncan se parecen físicamente, mientras que el otro no tiene parecido alguno con ellos.

Duncan regresa y le indica a una de las sirvientas que me lleve a una habitación, y que acompañe a Harold a su habitación habitual. El castillo es enorme. Subimos una gran escalinata y la sirvienta nos lleva al ala norte. Me asignan la primera habitación y la de Harold queda enfrente. La habitación es espaciosa, con una cama y una bañera lujosa. Pido a la chica que me traiga agua caliente para darme un baño. Mientras saco el vestido que me regaló la madre de Harold y lo guardo en el armario, me quito las botas y el pantalón.

Pocos minutos después llega el agua caliente y me sumerjo en la bañera, disfrutando del relajante baño. De repente, Harold entra en mi habitación con algo en la mano y me ve en la bañera.

— Lo siento, volveré más tarde, —se disculpa rápidamente y sale de la habitación.

Me dan ganas de pedirle que se quede, pero decido no hacerlo. No quiero ser irrespetuosa ni incómoda. Sin embargo, no puedo evitar fantasear sobre cómo sería compartir lecho con él, como dicen por aquí. Si es como besa puedo darme por perdida.



Al salir de la bañera, me pongo una bata y unas voces llaman mi atención. Me asomo a la ventana y veo a Harold con Duncan y su hermano Ian. Están hablando y riendo. Ian debe estar contándoles alguna historia porque hace aspavientos. Aunque no los conozco bien, se nota que Duncan y su hermano menor tienen una bonita relación. Observo durante un rato. Me encanta ver a Harold relajado con sus amigos. Se ve aún más guapo. De repente, Harold mira hacia mi ventana y me sorprende mirándolo. Para disimular, muevo la mano saludándolos.

— ¡Baja, Gillian, y te enseñaré bien el castillo! —grita Duncan.

Hago un gesto y me alejo de la ventana. La puerta suena y abro de inmediato, es Lady Luella.

— Hola, —dice tímidamente.

— ¿Qué tal? —respondo con recelo.

— Sé que tendrás una mala impresión de mí, pero me gustaría poder hablar contigo, por favor, —expone, mirando alrededor nerviosa.

— Claro, pasa. No puedo tener una impresión de ti, no te conozco. Si de oídas, Duncan me contó algo, —respondo mirando el armario y viendo que no tengo nada.

— Yo te dejo un vestido, vas a estar preciosa. Por favor, déjame explicarte antes.

Se sienta en la cama y comienza a llorar. Me da pena, así que me acerco a ella.

— ¿Qué te ocurre? —pregunto, tocándole la mano.

— Duncan me odia y con razón. Le hice mucho daño. Pero yo no quería, su hermano me amenazó. Siempre estuvo obsesionado conmigo. Un día me dijo que si no me casaba con él, Duncan e Ian aparecerían muertos. Conozco a mi marido, no es buena persona y sé que es capaz de asesinar. Por eso, el día de mi boda con Duncan rompí mi compromiso con él y le hice creer que amaba a su hermano, pero la realidad es que lo amo a él. No me deja acercarme, me vigila todo el día. Por eso, ahora que está entretenido, pude despistar a sus hombres y venir aquí. Ayúdame, por favor.

Me quedo analizando lo que me está diciendo. Pobrecillos. Vaya hermanos. Claro que sí, algo tengo que hacer.

— No te preocupes, buscaré la manera. Ahora he quedado con ellos abajo, voy a hablar con él.

— Muchas gracias, de verdad. No me busques, yo me encargaré de llegar a ti para que me des noticias. Ven conmigo a mis aposentos y te dejo ropa.

Me visto con lo que tenía puesto y me marchó con ella. Tiene muchísimas ropas, vestidos preciosos. Me regala unos cuantos. La puerta se abre de golpe y entra su marido.

— Te estaba buscando, querida, —dice con voz siniestra.

— Estoy hablando con Lady Gillian. Le contaba lo bien que se vive aquí.

El hombre nos mira desde su altura. Me levanto y me acerco a él.

— ¿Sabes que me recuerdas a alguien?, —comento.

El hombre se estira y pone cara de vanidoso. Realmente no se parece en nada a Duncan. Con lo guapo que es, este tiene cara de vinagre. No quiero perjudicarla, así que prefiero callar y ser prudente.

— Parecerme a alguien importante es siempre un halago.

— Me marchó. Muchas gracias por tus vestidos. Eres muy amable.

— Ya estoy —digo llegando a su altura.

— Ella es Lady Violet, la prometida de mi hermano Ian —dice Duncan.

Es una mujer muy guapa. Eso sí, ambos son unos críos, claro que en esta época se casaban muy jóvenes.

— Qué hermosa eres —dice al verme —. Ya me lo había advertido Harold.

Noto cómo un calor me sube por las mejillas. Harold y yo nos miramos. Se mantiene serio pero sereno. Ian dice algo que hace que lo miremos.

— Duncan, tengo que hablar contigo —le pido acercándome a él.

— Tú dirás —responde.

— Tiene que ser en privado.

Duncan le dice a Ian que lleve a Harold y a Lady Violet a los jardines de la casa, mientras me lleva a mí a las caballerizas. Cuando estos se marchan, caminamos hacia ellas.

— Tú dirás —dice sonriendo.

— No es fácil, pero allá voy. Lady Luella me buscó.

— No me interesa —me interrumpe.

— Lo sé, pero escúchame.

— No, de verdad, mejor háblame de ti y Harold.

— La obligaron a casarse con tu hermano. Me lo contó llorando.

Duncan está callado, no me mira. Solo mira al horizonte.

— Tu hermano la amenazó con mataros a ti y a Ian si de casaba contigo. Me ha dicho que este es capaz de cualquier cosa. La vigila constantemente. Me pidió que te lo dijera, necesita hablar contigo.

Durante un rato caminamos en silencio.

— Me destrozó el corazón. No volví a ser el mismo. No sabes la humillación que fue que me dijera delante de todos que se había confundido, pero que veía claro que a quien amaba era a mi hermano. Por eso hui, me refugié en el castillo de Harold. Ahora pretende que lo olvide todo, pues no, no es tan fácil —dice rompiendo el silencio.

— Imagino que debió de ser duro. Me pongo en tu piel y no sé qué haría si me humillaran así. Pero al menos dale la oportunidad de que hable. Escúchala y luego

decide. Me dio pena verla llorar desconsolada. Está asustada.
Me mira por fin.

— Está bien. Dile que la escucharé. Mañana, en la boda. Ya se me ocurrirá algo.

— Déjame a mí. Tu hermano no me conoce. Soy mujer, no sabe de lo que soy capaz.

Escuchamos unas voces y llegamos donde se encuentran Harold, Ian y Lady Violet. Nos sentamos todos a hablar y me lo paso muy bien.





He descansado increíblemente bien. Hacía mucho tiempo que no dormía así de placentero. El sol ha salido y el aire huele a invierno cerrado. Hoy es la boda de Ian y se me ha ocurrido una idea para que Harold y Lady Luella puedan encontrarse en privado. Me enfundo en el vestido que me prestó la madre de Harold. Es más moderno que lo habitual en esta época, de un hermoso tono azul con una encantadora capa azul claro. Me enamoro al instante de él, es una auténtica joya. Cuando llego al encuentro con los demás, sus miradas se quedan atónitas.

- Qué precioso vestido llevas, Gillian —comenta la madre de Duncan.
- Gracias, es un obsequio de Lady McCalister.
- Nunca había visto un atuendo como ese. Es realmente único.
- Es una tendencia que seguramente se impondrá en el futuro, es una apuesta —respondo intentando disimular.

Apostaría a que lo adquirió en alguna tienda de antigüedades en el siglo XXI. Tal vez me cruce con Lady Luella, quien me saluda tímidamente. A su lado está su marido, no me agrada su expresión en absoluto. En un instante, Harold se coloca a mi lado, deslumbrante. Luce un abrigo que llama la atención, azul oscuro, pero perteneciente a una época más contemporánea.

- ¡Qué guapo estás! —exclamo al verlo.
- Tú también estás radiante —responde sonriendo.

Nos perdemos en la mirada del otro. Surge una conexión entre nosotros que detiene el mundo entero, quedando solo él y yo. La situación se me escapa de las manos y comienzo a temer, ¿será que estoy enamorándome y él no siente lo mismo por mí?

- La ceremonia está por comenzar, vamos a tomar asiento —propone Harold.
- Una elegante mujer se acerca hacia Harold y hacia mí, no logro reconocerla.
- ¿Harold? —lo llama con la mirada fija en él.

— ¿Sharon? ¡Cuánto tiempo sin verte! —responde él con una sonrisa.
Ella empieza a revolotear a su alrededor. A pesar de notar mi presencia, me da la espalda, como si no existiera.

— ¿Vienes solo? —inquire.

— No, conmigo —replico apartándola.

Harold me mira confundido.

— Es una amiga de la madre de Gillian —lo aclara.

¿En serio? ¿Le ha dicho que soy amiga de su madre? Sharon se sonríe y se enlaza en el brazo de Harold.

— Entonces vamos, querido, sentémonos juntos.

Sin decir nada, se marchan adelante, dejándome con una expresión desconcertada en el rostro.

Me siento al lado de Lady Luella y le explico que cuando le dé la señal, deberá acompañarme y seguir mi juego. Ella asiente con una sonrisa, mientras su esposo se acomoda a su lado.

— ¿Por qué tan alegre? —pregunta él, mirándola.

— Estoy contenta por la felicidad de Ian. Se le ve feliz —responde ella.

— Vaya, tonterías. Casarse con él, sin nadie que lo respalde.

Lady Luella se aferra al vestido. Es evidente que le cuesta contenerse, pero el marido no inspira confianza.

— ¿Puedo pedirte algo? —intervengo, mirándolo directamente.

— ¿Qué deseas, preciosa? —me responde.

— Me aburre estar siempre sola. ¿Podría prestarme a su esposa más tarde para retirarnos juntas a mi habitación y comentar sobre la baja categoría de las personas que han asistido a la fiesta? —le solicito, inclinándome hacia él.

El hombre me observa detenidamente.

— Sí, pero solo por un momento. Uno de mis hombres las acompañará y velará por su seguridad mientras conversan.

Lady Luella me mira agradecida.

— Muchas gracias. Ahora si me disculpa, debo fingir con mis amistades —añado, guiñándole un ojo.

Regreso a mi asiento, junto a Harold, quien parece disfrutar de la compañía de esa mujer riendo sin parar.

La ceremonia nupcial es breve y hermosa. Luego nos dirigimos al salón, exquisitamente decorado, aunque distinto a lo que acostumbro en mi época, sigue siendo precioso. Me acerco a Duncan y le informo que todo está listo. Quedamos en encontrarnos en mis aposentos dentro de diez minutos.

Subimos acompañadas por uno de los hombres de Lady Luella, quien parece actuar como su guardaespaldas. Antes de que el hombre intente entrar a mis aposentos, lo detengo.

— Perdona, soy una dama respetable. No permito la presencia de ningún hombre en mis aposentos, así que te pido que esperes afuera —le indico, cerrando la puerta tras él.

— No disponemos de mucho tiempo —advirtió con urgencia.

En ese momento, Duncan sale de debajo de la cama.

— Voy a regresar a la fiesta —anuncio en tono burlón.

— ¿Cómo? —pregunta Lady Luella confundida.

— Tengo pensado salir por la ventana. No es un piso muy alto y hay un gran

árbol afuera. Descenderé por él. Tenéis poco tiempo. Cuando acabéis, uno de los hombres de Duncan me avisará para que regrese —explico rápidamente, sin perder tiempo.

Bajo con rapidez y precaución, encontrándome con uno de los hombres de Duncan esperando la señal. Me mantengo cerca y atenta, evitando ser detectada por el esposo de Lady Luella, quien parece distraído en medio de la celebración. Me sorprende ver a Harold bailando con esa mujer, provocándome celos inesperados. ¿Me trajeron a este siglo para rescatarlo de algo así? Siento que me está menospreciando. Decido acercarme a él.

— Es mi turno, como prometiste a tu madre —le recuerdo con sarcasmo.

Con renuencia, él se separa de la mujer y comenzamos a bailar.

— Tienes tanto miedo de que una mujer muera, esa es la excusa que usas para mantenerte alejado de mí, pero para acercarte a otras no tienes reparos, ¿verdad? ¿Para ti soy solo una amiga de tu madre? ¿De verdad? Tus palabras me han lastimado —le reprocho.

— Y claro, si no te hago caso, buscas a otros, como Duncan, ¿verdad? — responde con desdén.

— ¿Qué estás diciendo? —pregunto sin entender.

— Te vi hablando a solas con él. Muchas sonrisas, de repente desaparecieron juntos —argumenta.

— No tengo ningún interés en él. Solo le estaba ayudando con Lady Luella, ya que su marido la vigilaba y quería hablar con él. Nada más. Pero prefieres acusar sin preguntar. ¡Qué decepción! —me defiendo.

Observo al hermano de Duncan aproximándose, así que me aparto de Harold y me dirijo hacia el árbol. Llego justo a tiempo cuando el hombre de Duncan me llama. Subo rápidamente y regreso a mis aposentos, donde encuentro a Lady Luella y Duncan abrazados. Una sensación de alegría inunda mi ser.

— Muchas gracias por todo —agradece Lady Luella.

Duncan me toca la cara y besa a Lady Luella en los labios.

— Regreso a la fiesta. Gracias, Gillian —se despide.

Ahora nos quedamos solas y Lady Luella me revela que Duncan la ayudará a escapar de su hermano, uniéndose a nosotros cuando partamos al día siguiente. Aunque es arriesgado, no tienen otra opción. En ese momento, el hombre que nos vigilaba nos avisa que es hora de marcharse. Me siento en la cama, consciente de que mañana emprendemos el regreso y haré todo lo posible por volver a mi siglo, ya que aquí parece que no encajo.

La puerta se abrió de golpe, y allí estaba Harold, con una expresión en sus ojos que me dejó desconcertada.

— ¿Qué haces aquí? Pensé que estarías con tu amiga Sharon. Siempre te diviertes tanto con ella — le dije, intentando descifrar sus emociones.

— Sharon no me interesa. Eres tú quien me importa — respondió acercándose y besándome apasionadamente.

Me recostó en la cama y comenzó a desabrochar mi vestido. Correspondí quitándole la capa, y nos entregamos a un beso cargado de deseos. Desnudos, me coloqué sobre él, compartiendo un momento de amor y pasión intensos. Nunca había experimentado algo así con ningún otro hombre como con Harold. Me quedé recostada sobre su pecho, mientras él acariciaba mi espalda y se detenía en mi tatuaje.

— ¿Cómo te hiciste esto? — preguntó, con una mezcla de curiosidad y

preocupación.

— En mi lugar de origen, es común plasmar diseños en la piel. Lo llamamos tatuaje — respondí con una sonrisa.

— ¿De dónde vienes realmente? Sé que no es de donde mi madre dice. Hay algo diferente en ti, algo especial — dijo, tomando por sorpresa.

Me enderecé y lo miré fijamente.

— Lo descubriste. Vengo del siglo XXI. Tu madre me encontró y me llevó aquí, diciendo que era la elegida. Al principio todo me parecía un sueño del que no despertaba, hasta que encontré este colgante — saqué el colgante del cajón —. Mi mejor amiga me lo dio en Nochevieja del año 2024, y al ponérmelo, me transportó a este lugar. Nunca imaginé que algo así pudiera ocurrirme.

Harold me observaba con asombro.

— Del siglo XXI, del año 2024. Son siglos aparte, años de diferencia. Ahora siento que estoy en un sueño, enamorado de una mujer de otra época. ¿Qué va a ser de nosotros ahora? — preguntó con incertidumbre.

— No lo sé — respondí.

— Sea lo que sea, no permitiré que te pase nada malo. Te lo prometo, incluso si eso significa perder lo mío — declaró, sellando sus palabras con otro beso.

Sumergida por completo en este nuevo mundo, no tenía ni idea de lo que vendría a continuación.





No pude evitar sentir celos al verla hablando con Duncan. ¿Y si debido a mi miedo la había perdido? Pero ¿por qué precisamente Duncan? Sin embargo, al hablar con ella y escuchar su explicación, logré sentirme un poco más tranquilo. Luego, Duncan me contó lo que realmente había sucedido entre Luella y él, así como las acciones de Gillian. En ese momento, mi corazón clamó por dejar de huir, así que decidí ir en busca de Gillian a sus aposentos. La sensación de tenerla entre mis brazos fue maravillosa, y me di cuenta de que no permitiría que nadie le hiciera daño.

A pesar de todo, la incertidumbre seguía presente: si no la perdía debido a la muerte, ¿la perdería cuando regresara a su propio siglo? Parecía que el destino tenía otros planes para nosotros. A pesar de mis sentimientos contradictorios, estaba claro que mi camino no era el del amor. Pasamos la noche juntos y, antes del amanecer, regresé a mis aposentos para evitar malentendidos.

Decidimos partir hacia mi casa con la esperanza de encontrar una solución para que Gillian no se marchara. Nos despedimos de todos y Luella, vestida con ropa de hombre proporcionada por

Gillian y yo, se unió discretamente al grupo de hombres para no levantar sospechas. Durante el viaje, cabalgamos conversando animadamente, tratando de mantener a Luella oculta.

Después de horas de camino, llegamos a un pequeño pueblo donde decidimos hacer una pausa para comer. Mientras disfrutábamos de un delicioso conejo, un grupo de hombres armados irrumpió en el lugar y comenzaron a atacarnos. Fue entonces cuando apareció mi hermano, desencadenando un enfrentamiento emocional y violento entre nosotros.

— Umm, nos volvemos a encontrar. Ya te extrañaba, hermanito.

— ¿Qué quieres de mí, maldito? —grito furioso.

— Ya lo sabes. Pero hasta que no aprendas, me tocará repetir lo de siempre.

Uno de sus hombres agarra a Gillian. Ella se defiende, pero le colocan la daga en la garganta.

— ¡Sal fuera! —dice el hombre.

—¡Sal fuera! —dice el hombre.

Mi hermano hace un gesto y se la llevan. Me levanto y derribo a mi hermano del caballo, comenzando a golpearlo.

— ¡Detente, detente! —grita uno de sus hombres.

— Si no lo haces, mato a esta mujerzuela.

Tienen a Gillian agarrada por el cuello. No me queda más remedio que soltarlo.

— Maldito cretino —dice mi hermano, golpeándome—. Tienes veinticuatro horas para hacer lo que debes, o esta mujer también morirá delante de ti, como las anteriores.

— Vaya, otra mujer por aquí está disfrazada —dice uno de los hombres mientras agarra a Luella.

Aunque intenté resistir, mi hermano logró llevarse a Gillian y a Luella como rehenes, dejándome impotente y devastado. Al salir de la posada, me encuentro con mis hombres heridos y Duncan inconsciente, sumergiéndome en una profunda determinación por salvar a Gillian cueste lo que cueste, incluso si eso significa arriesgar mi propia vida.

De esta manera, me encuentro ante una situación desesperada, decidido a rescatar a las mujeres que había jurado proteger, confiando en que seré capaz de enfrentar cualquier desafío que el destino me presente.





El tipo que me agarró me dio un golpe que me dejó inconsciente todo el camino. Cuando abro los ojos me encuentro en una celda. Lady Luella está conmigo tratando de que reaccione.

— ¿Dónde estamos? —pregunto tocándome la frente que me duele.

— Esos mal nacidos nos han traído a este castillo. Es el hermano de Harold. Tenemos que buscar la forma de huir o te mataran Gillian —dice ésta preocupada.

— No, no pueden matarme. Harold y yo no somos nada —respondo tratando de disimular.

— No me engañas, sé cómo os miráis. De la misma manera que nos miramos Duncan y yo. No disimules. Has venido a que vuelva a abrir su corazón. Todas las personas que le queremos rezábamos porque eso ocurriera. Eres la elegida para romper esta maldición, pero no era la manera correcta, por eso debemos huir —dice mirándome.

— No entiendo. ¿Todos sabíais que vendría? Pero ¿Cómo? No lo entiendo.

— Hemos buscado mil y una maneras de que se rompiera la maldición, y todo es a través del amor. Esa es siempre la respuesta. Sé que no eres de este siglo —dice tranquilamente.

— ¿Tú también? —pregunto confusa.

— Sí, me lo contó la madre de Harold una vez. Me dijo que ella viajaba en el tiempo, me costó creérmelo hasta que lo vi. Pero no perdamos el tiempo.

Nos levantamos del suelo y miro por la ventana. Hay muchas rejillas y debajo un río. Pienso y pienso y se me ocurre algo. En la puerta hay un tipo que nos vigila, lo llamo.

— Ayuda, por favor.

El tipo mira por la rejilla y ve a Lady Luella tirada en el suelo. Este abre corriendo.

— ¿Qué ha ocurrido? —pregunta agachándose para ver qué pasa.

— Mi amiga se desmayó.

Agarro un trozo de madera que sujeta la pata de la cama y lo golpeo en la cabeza. Lady Luella agarra las llaves de su bolsillo y lo dejamos encerrado. Buscamos un sitio donde escondernos ya que oímos voces. Varios hombres pasan de largo hacia otro pasillo. Subimos sigilosas las escaleras. Varios hombres beben y hablan entre ellos. Nos agachamos y vamos a gatas para que no nos vea. Subimos unas escaleras y llegamos a una puerta. Este sitio es un laberinto. Lady Luella saca las llaves y trata de abrir la puerta, esta no se abre con la primera llave, escuchamos unos pasos.

— Date prisa, viene alguien —expreso.

Esta sigue probando con varias hasta que por fin da con ella. Salimos y volvemos a cerrar. Hemos llegado a un salón. Vamos hacia la puerta.

— ¿No me digan que ya se van? —dice tras nosotras el hermano de Harold.

— Déjanos salir, no tienes motivos para retenernos. Nada tenemos que ver con sus guerras —dice Lady Luella.

— No puedo dejaros salir. Tu esposo viene de camino, se enfadó mucho cuando huiste. Eso no se hace. Y tú querida tampoco, si mi hermano no reacciona, morirás. Llevo años escuchando que una mujer llegaría para cambiar su destino. No voy a permitirlo. Si no me hago conde, tú morirás. Mi hermano jamás podrá amar. Es fácil, querida. Pero él prefiere ver morir a sus supuestos amores que dejármelo, así de ambicioso es. Llevároslas a los aposentos de invitados, eso sí, sepárenlas.

Me meten en una habitación continua a la de Lady Luella. Tengo que buscar la manera de irnos de aquí. Pienso en Harold, ¿Cómo se sentirá?

Cada instante a su lado me sumerge más en un torbellino de sensaciones que desafían toda lógica y racionalidad. ¿Cómo resistirse a esta fuerza arrolladora de un amor que trasciende las barreras del tiempo y el espacio? ¿Cómo seguir adelante con mi misión cuando mi corazón anhela quedarse para siempre a su lado?

Mientras reflexiono, observo unas cabezas moviéndose a través de las ramas frente al castillo. Reconozco a uno de los hombres de Harold que se abre paso y corta la yugular de uno de los guardias circundantes. Realiza una señal, y varios hombres, incluidos Harold y Duncan, entran en silencio matando a varios guardias antes de trepar por el castillo con cuerdas. Abro la puerta de mis aposentos y veo a un tipo vigilándome.

—¿Puedo hablar con tu jefe? Tengo algo importante que decirle.

Justo cuando está a punto de responder, alguien lo llama. Necesitan refuerzos, sus hombres están cayendo, nadie esperaba un ataque tan rápido. Bajo las escaleras y me escondo, escuchando al Murray hablar con el hermano de Duncan. Lamento que no sean familia, habría sido perfecto si se hubieran enfrentado entre ellos.

— Jefe, tenemos visita —dice uno de los hombres, interrumpiendo la reunión.

Harold y Duncan entran juntos.

— ¡Vaya, hermano! ¡Bienvenido! No esperaba verte tan pronto —dice con cinismo Murray.

Duncan aprovecha y se lanza contra su hermano y lo golpea, sin que nadie los separe. Duncan lo sujeta por el cuello.

— Jamás será tuya. Si me matas, ella morirá —declara este.

Duncan lo suelta y alguien me agarra, empujándome hacia el salón.

— Tenemos una pequeña curiosa aquí —dice, empujándome.

- ¡Suéltala! —exclama Harold al hombre.
- Si la defiendes tanto, te la cedo a cambio de tu título —dice Murray con cinismo.
- ¿Es eso lo que quieres? —pregunta Harold.
- Te arrepentirás —interrumpo.
- ¿Qué estás diciendo, mujer? —escupe el hermano de Harold.
- Estoy diciendo que ser conde en este siglo es una porquería, pero en mi siglo, es una maravilla. No hay guerras ni nada de eso. Eres rico sin mover un dedo. Todo te lo dan. Viajas por el mundo rodeado de lujos, y te aseguro que no tienen nada que ver con las porquerías de este siglo —afirmo con convicción.
- ¿De qué habla esta mujer? ¿Tu siglo? —dice, burlonamente.
- Así es. Mi siglo. ¿De dónde crees que conseguí este colgante? —digo, sacándolo del bolsillo.
- ¿Cómo lo tienes tú? —pregunta, inquieto.
- Te lo he dicho, vengo del siglo XXI. En el castillo de Harold hay una puerta que te transporta allí. Vine aquí por ti. Alguien me dijo que debía salvarte, ya que Harold intentó pasar y no se lo permitieron. El legado de vuestro título lo llevas tú.
- ¿Estás loca?

Recuerdo que tengo mi teléfono móvil en mi pequeño equipaje. Puede que no funcione aquí, pero puede servir como prueba.

- ¿Me creerías si te muestro algo?

El hombre me mira intentando descifrar mis pensamientos.

- Sí, muéstrame que no estás loca.

Subo con uno de sus hombres y cojo mi pequeño baúl, regresando al salón. Harold me observa perplejo, le guiño un ojo. Abro el baúl y saco el teléfono. Todos retroceden al verlo.

- ¿Qué es eso? —inquire el hombre.

- Se llama teléfono. A través de él, en el siglo XXI nos comunicamos desde cualquier parte del mundo. Ahora no puedo demostrarlo porque soy la única aquí que lo tiene, pero funciona. Busco una canción y todos se sorprenden.

- ¿Ahora me crees?

El hombre examina el teléfono que le he mostrado, capturando la atención de todos en la habitación.

- Si es cierto, acompáñame al castillo. Quiero ver cómo es la vida allí. Si no me convence y descubro que mientes, pagarás con tu vida.

- ¡Trato aceptado! Esta es la forma en que sellamos acuerdos en mi época — respondo con determinación.

El hombre observa mi mano y luego estrechamos, sellando nuestro pacto.

- Trato hecho —dice él—. Preparen todo, nos volvemos a marchar —expresa saliendo del salón.

Harold se acerca a mí preocupado y nos escondemos tras una columna.

- ¿Por qué te arriesgas tanto? —me pregunta.

- No permitiré que te arrebaten lo que te pertenece. Además, en mi siglo, las mujeres también salvamos a los hombres —le respondo, segura de mis convicciones.

Harold acaricia mi rostro y mis labios. En ese momento deseo besarlo, aunque sé que no es el momento ni el lugar indicado.

- Eres increíble, Gillian. Desearía que hubieras nacido en este siglo —confiesa

Harold con tristeza.

— Ojalá vivieras en el mío —le respondo con sinceridad.





Durante la noche, nosotros, sin ningún intento previo, entramos en los aposentos de Lady Luella. Sobornamos a varios hombres para que ataquen a los hombres del hermano de Duncan. Aprovechando que él está borracho, logramos entrar en la habitación. Quedamos sorprendidos al encontrar a Lady Luella con un ojo morado. Duncan, lleno de cólera, jura acabar con la vida de su hermano. Lady Luella está drogada, lo que dificulta despertarla. Mientras intentamos sacarla, el hermano de Duncan nos sorprende y comienzan a pelear. Uno de sus hombres me ataca y me defiende, mientras Duncan se abalanza sobre su hermano y lo golpea. Este saca una daga de su bota y se la clava en un costado. Luego, el hermano agarra a su esposa y huye con ella, llamando a sus hombres. Permanezco junto a mi amigo, cuidando de sus heridas. Cuando despierta y sabe que su hermano se ha llevado a su amada, quiere perseguirlos.

- No puedo dejarla con ese loco, la mataré — expresa nervioso.
- No puedes ir tras ellos en tu estado. He enviado a varios hombres para seguirlos, no te preocupes, los encontraremos —le aseguré.
- La próxima vez que me encuentre con mi hermano, lo mataré, te lo juro —

dice Duncan.

Horas más tarde, partimos juntos con mi hermano. No sé qué tiene planeado Gillian, pero siento miedo. Temo perderla y no volver a verla, pero es nuestro destino: ella debe regresar a su siglo, y yo debo quedarme en el mío. Sin embargo, me alegra haberla conocido, nunca en mi vida había amado a una mujer como a ella.

Mi hermano ha ordenado a sus hombres que me impidan acercarme a Gillian. La observo desde la distancia, deseando poder llegar a ella y huir, aunque nunca he sido un cobarde y no lo seré. Además, no quiero ponerla en peligro; estaría dispuesto a renunciar a mi título por ella.

— Harold, podríamos asaltarlos y acabar con ellos —expresa, tocándose el vendaje. "No dejaré que se la lleven como hicieron con Luella. Estoy dispuesto a enfrentar a tu hermano.

— No te preocupes, si algo va mal, seré yo quien acabe con él y rompa mi promesa", respondo.

— Se ha aprovechado de esa promesa. Nunca le ha importado lastimarte. ¿Por qué debes seguir con ella? Acaba con su vida. ¿Cuántas mujeres más deben ser sacrificadas para que la rompas?

Tras reflexionar sobre las palabras de Duncan, soy consciente de que tiene razón. Esa maldita promesa y mi palabra me atan. No entiendo por qué le prometí a Samira que no mataría a mi hermano. Murray debe morir, es él o yo, la batalla debe terminar y uno de nosotros caerá.





Mientras nos dirigimos al castillo, siento la urgencia de hablar con Fiona en cuanto lleguemos. Necesito averiguar si hay alguna posibilidad de traer a Murray a mi siglo. No quiero que Harold lo lastime de ninguna manera. Nos miramos a lo lejos y nuestras miradas hablan por sí solas. A través de sus ojos, puedo sentir su deseo de protegerme, cuidarme, besarme, abrazarme. Y yo le respondo con todo mi amor, prometiéndole que, aunque deba regresar a mi tiempo, él siempre será el amor de mi vida.

No esperaba enamorarme de él también. Facilitar que él se enamorara, que creyera en el amor, era mi objetivo para romper la maldición. Lo que no preví fue que terminaría perdidamente enamorada de él. Ahora, enfrento la angustia de regresar a mi época. Si solo existiera un camino para que él pudiera acompañarme, pero eso alteraría el curso de la historia, algo que no podemos permitir.

Cabalgamos sin descanso durante dos noches, agotada y hambrienta, pero la meta está cerca. A pesar de la insistencia de Harold, su hermano sigue adelante ansioso por llegar al castillo y dar el paso hacia mi siglo. Al llegar, la madre de Harold se dirige hacia Murray, pero este la ignora y entra en el castillo sin miramientos.

Sorprendida por la situación, pregunto a la madre de Harold qué ha sucedido. Ella parece consternada. Una vez dentro del castillo, nos retiramos a mis aposentos para hablar.

— He cumplido mi misión, he logrado enamorar a Harold —anuncio con emoción.

—¡Eso es maravilloso! Sabía que lo lograrías —responde Lady McCalister con alegría.

— No esperaba enamorarme de él también. Ahora debo regresar a mi siglo, pero no sé cómo hacerlo. Le dije a Murray que podría ser Conde en mi época —confieso, sintiendo un peso en el corazón.

Lady McCalister me mira sorprendida.

— Fiona y yo ya sabíamos que te estabas enamorando de él, pero decidimos no decirte para no interferir en tu misión —explica con calma.

— Debo regresar a mi siglo. Aunque me duela dejarlo, mi vida está en el siglo XXI y la suya en esta época —expreso con tristeza.

— Confía en que encontraremos una solución. La magia de diciembre nos guiará. Recuerda que fuiste elegida por algo especial. Sin embargo, me preocupa cómo resolver la situación con Murray. ¿Cómo piensa adaptarse al siglo XXI? Es imposible —se preocupa Lady McCalister.

— Fue una locura pensar en esa posibilidad, pero me sentía desesperada. Harold estaba dispuesto a matarlo si era necesario, y no podía permitirlo —explico angustiada.

Tomando mi colgante, lo aprieto siguiendo las indicaciones de Fiona para llamarla. Una luz llena la habitación, creciendo hasta que Fiona aparece ante nosotras.

— He estado al tanto de todo lo que ha sucedido, os he estado vigilando. No te preocupes, encontraremos una solución. Tenemos que ganar tiempo, Murray no es tan astuto como Harold. Confía en que juntas encontraremos la manera de resolver esto.

Salgo al salón y veo a Murray dando órdenes para que no me dejen salir del castillo.

— No soy tu prisionera, no puedes retenerme —digo con determinación.

— Aquí mando yo, no te moverás del castillo hasta que me digas cómo pasar a tu siglo —afirma él con arrogancia.

— No será posible hasta mañana. Mañana podrás convertirte en conde — respondo siguiendo el ejemplo de Fiona.

En ese momento, Harold interviene.

— En este castillo, sigo siendo quien manda. No permitiré que te alejes de ella —dice con firmeza.

Murray se burla y comenta sobre llevarme a su siglo como su esposa.

— ¡No me casaré contigo! Estás equivocado. Te ayudaré a viajar a mi siglo, pero casarme contigo es impensable —le respondo con desagrado.

Ante mi negativa, Murray se vuelve agresivo y amenazante.

Harold decide actuar y se enfrenta a Murray. La confrontación se sale de control y estalla el caos en el salón. Ante tal violencia, lanzo un jarrón contra la chimenea con indignación.

Dirigiéndome a todos en la habitación, expreso mi desaprobación por la brutalidad y priorización de títulos sobre la felicidad y el amor. Me retiro a mis aposentos, necesitando reflexionar sobre la situación.

Encerrada, recapitulo sobre mi inminente regreso a mi siglo. He vivido experiencias intensas en estas dos semanas, incluyendo el descubrimiento del amor apasionado. Aunque consideré quedarme, sé que debo regresar. Mi vida se ha transformado, pero respeto la historia y compromisos de Harold.

De repente, Harold aparece en mi habitación. Nos abrazamos, conscientes de que esta es nuestra última noche juntos. Compartimos un momento íntimo antes de que el deber nos separe.

Curioso sobre mi vida en mi siglo, Harold me pide detalles. Le hablo sobre mi trabajo, mi hogar y mi amiga Carol, revelándole que no tengo familia cercana.





No quiero perderla, pero no puedo abandonar este lugar. Aunque deseo fervientemente poder cambiar la historia, sé que no es posible. Tampoco sería justo pedirle a Gillian que renuncie a su vida en su propio siglo. Las diferencias son demasiado grandes para retenerla aquí. Decido ir a ver cómo se encuentra Duncan. Físicamente está mejor, pero emocionalmente lleva una herida profunda en el corazón.

— ¿Dónde está Luella? ¿Está viva? —me pregunta con desesperación.

— Mis hombres regresaron sin información. Lamentablemente, no sabemos dónde se encuentran. No están en tu castillo. Tu familia está tan desconcertada como nosotros.

Observo cómo el rostro de Duncan se llena de ira. Su deseo de venganza es palpable.

— No tengo la autoridad ni el poder para unir clanes y emprender su búsqueda. Me siento impotente.

— Ojalá pudiera ayudarte de alguna manera —le digo, comprendiendo su sufrimiento.

Salgo a cabalgar, buscando un momento de tranquilidad en el bosque. Me dirijo hacia el lugar donde Gillian me contó que vive en su siglo, en la posada. De repente, una luz me sorprende.

— No te asustes, ¿me recuerdas? Aunque es comprensible si no lo haces, pues no me has visto desde que eras un niño —expresa la figura misteriosa—. Recuerda que todo tiene una solución. Encuentra la respuesta en tu interior —añade, tocando mi corazón antes de desaparecer.

Tras horas de intensa reflexión, llego a una conclusión. Sé lo que debo hacer y estoy decidido a hablarlo con mi madre.

Al regresar al castillo, me encuentro con el caos. Murray está listo para cruzar la puerta y ha organizado una comitiva para seguirlo. Durante mi ausencia, ha interrogado a Gillian y la tiene atada a una silla.

— ¡Suéltala! —grito indignado.

— No. Es hora de atravesar esta puerta y así lo haremos —afirma Murray, mientras uno de sus hombres me amenaza con una daga.





Un golpe repentino en la puerta me saca de mi letargo. Al mirar a mi lado, me doy cuenta de que Harold ya no está. Hoy regreso a mi época y siento una mezcla abrumadora de tristeza y alegría que me confunde.

Al abrir la puerta, uno de los hombres de Murray me insta a arreglarme y dirigirme al salón. Me coloco la misma ropa que llevaba cuando llegué por primera vez, una especie de disfraz que llama la atención de todos en la sala al llegar. Murray me ordena colocarme a su lado, y aunque al principio me resisto, sus hombres me obligan a obedecer.

- Ha llegado el momento de regresar a tu siglo —dice Murray con sarcasmo.
- Pero Harold no está aquí, no puedo irme sin despedirme de él —respondo.
- Que no esté presente en tu despedida es una muestra de lo poco que te valora. A él nunca le importaron las mujeres que afirmaba amar. Si fuera diferente, no las habría dejado morir.
- Ellas murieron por tu maldita maldición absurda. Eres un despreciable envidioso de tu propio hermano. Eres un pobre diablo —le escupo en la cara.

Murray reacciona abofeteándome, mientras Lady McCalister lo reprende.

- Mejor no te metas, mala madre —le dice con insolencia.
- No hables así. Los condes de mi siglo son más dignos que tú. ¿Crees que por pegar o gritar a una mujer eres más hombre? Prepárate para descubrir que en el siglo XXI hombres y mujeres somos iguales, ignorante —responde ella con firmeza.

Murray se ríe ante sus palabras, y en ese instante, siento un temor que nunca había experimentado. Sin dilación, me ordena ponerme el colgante y repetir el proceso que me trajo a este lugar.

Cumpliendo su petición, me coloco el colgante y recuerdo las instrucciones para activarlo.

- ¿Qué palabras usaste para desactivar el colgante? —me pregunta Murray.
— No dije ninguna palabra, simplemente se activó solo a las doce en punto —
respondo nerviosa.

Con pocos minutos restantes antes del mediodía, la tensión crece. Cuando Harold entra en la sala, nos miramos a los ojos, expresando con la mirada todo lo que sentimos, lo que vamos a extrañar, aunque debemos cumplir con nuestro deber.

- Es hora, agarra el collar —ordena Murray.

Tomando el colgante, una ráfaga de viento abre las puertas y una espiral comienza a formarse frente a nosotros. Harold y yo nos miramos con intensidad, conscientes de lo que está por ocurrir.

- ¡¿Por qué no me atrapa a mí?! —exclama Murray desesperado.
— Porque tu historia pertenece a este siglo, no puedes cruzar —explica la madre de Harold.

Luchando por quedarme, extendiendo los brazos hacia Harold para que pueda alcanzarme, la espiral me absorbe por completo. A pesar de querer quedarme para ver qué ocurre entre ellos, no puedo resistir más y soy absorbida por completo por la espiral.





A l ver desaparecer a Gillian ante mis ojos, una cólera ardiente se apodera de mí. Con determinación, me dirijo hacia Murray, quien tiene a mi madre agarrada por el cuello, asfixiándola mientras le exige saber cómo pasar.

— ¡Suéltala, maldito!
Si eres tan valiente como te crees, enfréntate a mí. Sin trucos ni hombres, solo tú y yo —le advierto con furia.

Murray suelta una risa burlona y me escupe antes de responder:

— Vaya, finalmente
muestras algo de valor.

— Siempre he sido un
hombre, si no te he atacado antes es porque me inspirabas lástima —replico con firmeza.

Nos lanzamos el uno contra el otro, chocando pecho con pecho. Le propino un fuerte puñetazo que lo hace retroceder, pero se recupera rápidamente y me devuelve el golpe. La lucha es intensa, rodamos por el suelo, subimos y bajamos escaleras en un enfrentamiento sin tregua. Ambos estamos agotados, pero sé que uno de nosotros debe caer.

Murray se abalanza sobre mí, golpeándome repetidamente en la cabeza mientras mi madre grita

desesperadamente. A pesar del cansancio, me niego a dejarme vencer. En medio de la refriega, recuerdo la mirada de Gillian observándome y me doy cuenta de que tengo una daga guardada en mi bota.

Con esfuerzo, logro agarrar mi daga y, lleno de ira y dolor por todas las muertes causadas por culpa de Murray, se la clavo en la yugular, sintiendo la caliente sangre derramarse sobre mí. Al percatarse todos de que Murray ha caído, la lucha cesa y un silencio tenso reina en la sala. Por fin, todo ha llegado a su fin.

Aunque me siento tranquilo porque todo ha terminado. Venciendo entristecido porque Gillian ya no está. Mi madre viene hacia mí y me da un abrazo.

— Gracias, hijo, ahora ya puede ser feliz.

— No madre —replicó—. Ahora que he conocido el amor y la he perdido, ya no podré ser feliz.

— Puedes ser, lo que quieras ser —responde sonriente.

— Antes se me ocurrió algo pero no sé si puedo hacerlo —le explico.

Después de reunirme con Fiona y con mi madre, ya tomado una decisión, ahora voy a hablar con mi amigo Duncan, tengo que darle las gracias. Lo encuentro sentado junto a la chimenea mirando el fuego, me da mucha tristeza ver a mi amigo así.

— Quería darte las gracias por haber estado siempre aquí apoyándome —digo sacándole de sus pensamientos.

— Para eso estamos los amigos, tú eres más que un amigo, eres mi hermano —expresa.

— Tú también lo eres para mí, ¿cómo te encuentras? —le pregunto

— Dándole vueltas a la cabeza para ver cómo hago para recuperar y rescatar a Luella. ¿Y tú cómo te sientes? Siento mucho que Gillian volviera a su siglo, me caía muy bien.

— A eso he venido amigo voy a proponerte algo. Siempre has estado aquí para mí, tú eres el que tenía que haber tenido el título de tu familia, sin embargo la obtuvo el malnacido de tu hermano. Sin embargo yo he tenido el título que nunca me ha hecho feliz. Por eso quiero proponerte algo. Ya no consigo mi vida sin Gillian este modelo de decisión de ir a su siglo pero para ello necesito quitarme mi título de conde, dejar de ser Harold McCalister. ¿Te gustaría convertirte en mí y yo en ti? Yo será ahora Duncan McGee y tu Harold McCalister, con el título podrás hacer lo que quieras, e ir en búsqueda de tu amada. Yo siendo tú podre desaparecer de este siglo.

Mi amigo me observa incrédulo.

— ¿Lo dices en serio?

Asiento con la cabeza.

— Con tu título podré comprar y unir clanes e ir en búsqueda de Luella. Si ese es el deber para que tú y yo seamos felices acepto encantado amigo. Seré un conde íntegro, llevaré tu nombre con distinción y entrega. La historia será maravillosa. Todo el mundo te recordará como

un gran Conde.
Nos damos un gran abrazo.

—
te deseo toda la felicidad en ese siglo XXI.

Te extrañaré amigo,

—
recuperes a Luella, te deseo toda la suerte del mundo.

Espero que

Después de preparar todo y organizarlo, me pongo el ropaje de Duncan y este se convierte en mí. Ya nunca más seré el conde McCalister, ahora solo seré Duncan. Mi madre va a venir conmigo al siglo XXI, estoy nervioso, tengo miedo, ¿y si Gillian no quiere estar conmigo?, ¿y si al pasar no me recuerda? ¿Me adaptaré a su siglo? La decisión está tomada allá vamos mi madre y yo.

—
Os deseo todo el amor y la felicidad del mundo, recordad que haya donde estéis yo os estaré observando —dice Fiona preparándose para ayudarnos a pasar.





Después de regresar a mi siglo, me siento abrumada por la tristeza y el dolor que me embargan. Apenas unas horas han pasado desde mi partida de la época de Harold, y Lady McCalister conocida como señora Hannover en el mío. Al contarle a mi amiga Carol sobre mi experiencia, al principio dudaba de la veracidad de mis palabras, pensando que tal vez hubiera sido producto de una borrachera. Sin embargo, al notar mi profunda tristeza, comprendió que era todo real. La incertidumbre de lo que sucedió entre Harold y su hermano me atormenta y añoro desesperadamente su presencia. Recorriendo las calles y contemplando los edificios que una vez fueron campos y tierras desiertas, siento la pérdida de ese mundo antiguo donde cabalgábamos libremente.

Durante días, he permanecido encerrada en mi casa, aferrándome a los recuerdos. Mientras me encontraba en casa, decidí abrir la carta que Harold había escrito anteriormente. Necesitaba ver su letra, como una forma de sentir su presencia a mi lado. Sin embargo, al leerla de nuevo, noté que había cambiado el contenido desde la última vez que la vi. Decía así:

Mi querida, gracias por cruzarte en mi camino y mostrarme que aún era capaz de amar. Tú me diste la fuerza necesaria para enfrentar los fantasmas del pasado que había evitado durante tanto tiempo. Prometo que haré todo lo posible para encontrarte, para estar juntos de nuevo.

***Con amor eterno,
Harold.***

Sin embargo, sé que debo seguir adelante y no permitirme estancarme en el pasado. Cuando Carol me invita a su fiesta de cumpleaños, aunque no me apetece mucho, decido acompañarla, reconociendo su importancia en mi vida.

Mientras Carol revela el inusual lugar de la celebración, el castillo de la señora Hannover, ahora en mi siglo, me inquieto ante la idea de volver a encontrarla. Al llegar al imponente castillo, mis emociones se agolpan, recordando intensamente los momentos compartidos con Harold. Al ser recibida por una joven que me conduce hacia ella, me preparo para enfrentar mi pasado y mis interrogantes.

Al encontrarme con la señora Hannover en el salón, la emoción me embarga y la abrazo con fuerza, preguntándole por qué ha vuelto. Su respuesta me sorprende, revelando que su presencia está relacionada con el anhelo de honrar a mi amiga en la fiesta de cumpleaños. Pero mi urgencia por conocer la verdad sobre Harold me lleva a confrontarla.

Con una sonrisa en su rostro, la señora Hannover me guía hacia la escalera, indicándome algo que me deja perpleja. Allí, vestido con ropas contemporáneas, está Harold.

Me muevo lentamente hacia él, mientras me observa desde la escalera.

— Harold, ¿eres realmente tú? —pregunto con emoción.

Subo los escalones y él desciende un peldaño, su semblante, su figura, son indudablemente él.

— ¿Eres tú? No entiendo, ¿cómo es posible que estés aquí? Pensé que no podrías venir —expreso desconcertada.

— Decidí renunciar a mi título y ser simplemente un hombre más, por eso dejé de ser Harold McCalister para convertirme en Duncan McGregor. Un título no significa nada si no estás a mi lado.

— Te he echado tanto de menos —le digo conmovida, abrazándolo con fuerza.

— Y yo a ti. No puedo imaginar mi vida sin ti, eres la mujer de mis sueños. Nunca había conocido a alguien tan fuerte, inteligente, valiente y hermosa como tú. Si tener que renunciar a mi título y a mi vida en ese siglo significa estar contigo, cruzaría mil mares por ti.

Es increíblemente romántico. Es como si hubiera estado esperando toda mi vida por él, por este hombre que siempre quise, que imaginé.

— Te soñaba y visualizaba cada noche antes de dormir, sentía tu presencia a mi lado. El destino hizo que conociera a tu madre, que ella viniera por mí para que yo pudiera encontrarte. La magia y el universo conspiran para que los sueños se hagan realidad, y tú eres mi sueño hecho realidad, Harold McCalister —le confieso, a punto de fundirme en un beso con él.



FIN

Muchísimas gracias por llegar hasta aquí, si te ha gustado, regálame una reseña, es muy importante para mí.



Sobre la autora

Sandrine Rebew, antes conocida como Aili Evans, comenzó a escribir desde pequeña, le encantaba crear historias con sus amigas para luego jugarlo con sus muñecas.

En el 2020, publicó su primera novela, Será esta vez, de ahí salió la famosa saga Hermanas Jones, a la venta en Amazon. Desde entonces no ha parado de crear.

Todas sus historias, las puedes encontrar a la venta en Amazon.

La puedes seguir en Instagram;

@sandrinerebewecrivain

Agradecimientos

A mis padres, a mi tío Ángel, por el apoyo dado desde el primero libro.
Mon Stan, ma vie, mon monde. Je t'aime.

A todas las personas que me apoyan desde Será esta vez. Gracias por vuestras palabras de apoyo, por vosotros escribo todos estos libros, gracias por valorar mi trabajo.

Banda Sonora

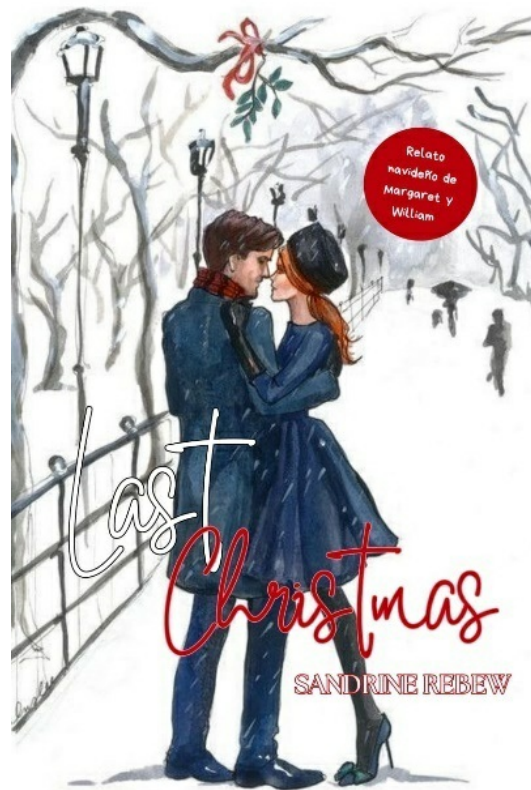


Libros con los que se dio a conocer .





Últimos trabajos



SANDRINE REBEW

Bajo la luz de la luna



